

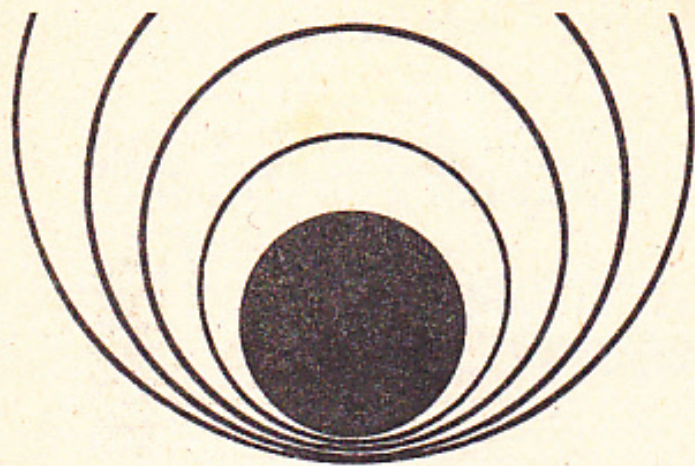
MI PISTOLA SE QUEDO SOLA

PUNTO
ROJO

Albert Rosbund

PARA MAYORES
DE 18 AÑOS





PUNTO ROJO



ALBERT ROSBUND
MI PISTOLA SE QUEDO SOLA

Colección
PUNTO ROJO n.º 943
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

475 — Rural en peligro.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

414 — Que alguien ponga la cuerda.

En Colección PUNTO ROJO:

926 — El primer fracaso.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.553 — Murder Story.

ISBN 84-02-025^0-X

Depósito legal: B. 8.278 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1980

© Albert Rosbund - 1980

texto

© Desilo - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets
del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Fui a ver al señor Fred Carson porque se lo había prometido a Betty., Sólo por eso.

Realmente, no tenía ningunas ganas de trabajar, ni siquiera en eso que llaman pomposamente «reintegrarse a la sociedad», puesto que sabía, dados mis antecedentes, que mi única función para esa sociedad sería la de actuar como un esclavo, un pobre diablo explotado. Yo ansiaba por aquellas fechas libertad, movimiento, paz, aire, horizontes de grandeza. Pero también tenía que reconocer que para ejercer todo aquello hacía falta dinero, y mis bolsillos, desgraciadamente, estaban vacíos. Un día lejano los pude tener muy llenos, y al instante siguiente... En fin, ¿para qué recordar?

Lo cierto es que no podía viviré expensas de mi hermana, aunque sabía que ella nunca me lo echaría directamente en cara. En el fondo se sentía un poco culpable por lo ocurrido años atrás, por no haber estado a mi lado. No me quería ver ocioso; mi ángel de la guarda, un larguirucho llamado Parker, le había dado toda una serie de recomendaciones sobre mí, y entre ellas destacaba que me pusiera a trabajar para que estuviera ocupado. Como yo no demostraba muchas ganas de buscar empleo, fue ella quien se movió y lo consiguió. No sé cómo ni me importa demasiado, ella tiene sus amistades y contactos gracias a su notoriedad como cantante. Betty Arness. ¿Han oído hablar de ella? Actualmente trabaja en el Dorian Club de la West 54th Street. Vayan a verla. Vale la pena.

Quien no valía la pena era el señor Fred Carson. Un hombre cincuentón, de escaso cabello, ojos pequeños, nariz achatada y boca más bien ancha, de gruesos labios. Era propietario y director de una empresa publicitaria, y daba el aspecto de un hombre vulgar de la calle. Conmigo se comportó de una forma amigable, nada más me pasó a su despacho la secretaria. Me ofreció la mano y luego me dio una palmada en la espalda y me invitó a sentarme. El se estiró los puños de su impecable camisa blanca y después tomó asiento en una comfortable butaca, frente a mí, separados ambos por la monumental mesa escritorio.

—Bien, Arness —me dijo, rascándose con una uña la palma de la otra mano—. ¿Qué sabe usted hacer?

Esbocé una sonrisa.

—En honor a la verdad, muy poco —respondí—. Antes... antes

trabajé como representante.

—¿Qué vendía?

—Libros para niños.

Le pareció un chiste. Observé cómo sus mejillas se hinchaban, pero su boca continuó cerrada como un cepo, conteniendo la risa.

—Mmm... ¿No le fue bien?

—Ni bien ni mal.

—¿Por qué entonces...?

—Eso ya está enterrado, señor Carson. No tengo ganas de recordarlo. Supongo que usted ya estará ampliamente informado, ¿o me equivoco?

—No.

—Entonces, le ruego que pasemos al tema que me ha traído aquí.

—Bien —se frotó las manos—. Intentaremos conseguir algo apropiado para usted.

Apretó un botón y requirió por el interfono la presencia de una tal señorita Oswald. Cuando apareció, me la presentó como la encargada del Departamento de Personal.

Era una mujer de unos treinta y cinco años, pelirroja, que abusaba del maquillaje para parecer más joven. De todas formas es justo reconocer que poseía una silueta verdaderamente exquisita.

—Creo que le hablé de la posibilidad de contratar un nuevo empleado...

—Sí, señor Carson.

Por la mirada que me echó, preñada de cierta aprensión, comprendí que sabía demasiado.

—¿Ha estudiado los huecos...?

—Sí, señor Carson. ¿Qué sabe hacer este... señor?

—Poca cosa. Trabajó antes como representante, en la venta de libros para niños.

—Oh.

A ella no le dio risa, sino pánico. Debió pensar en algún niño descuartizado por mí.

—Bueno —dijo—. Nos hace falta en el Departamento de Administración un recadero. ¿Qué le parece, señor Carson?

El señor Carson me miró.

—¿Qué le parece a usted, Arness? ¿Satisfecho?

La sangre me había subido de golpe al rostro. Me contuve a duras penas. Realmente, no podía esperar mucho más. ¿Un tipo como yo ocupando un cargo de responsabilidad? Si me hubiera dejado llevar por mis impulsos, habría soltado un taco, largándome con viento fresco. Pero pensé en Betty, que no tenía la culpa de nada,

y también en el pesado de Parker que no dejaría de dar la lata... Di la cabezada de asentimiento más lenta de toda mi vida. Fred Carson sonrió y dijo:

—Vaya con la señorita Oswald. Ella le indicará todo lo que ha de saber...

Así fue como entré en aquella empresa, sin muchos ánimos, más que nada por complacer a Betty, por otro lado, en seguida noté que el sentimiento de malestar era recíproco, es decir, los otros empleados me soportaban como compromiso. Al principio, me observaron con cierto recelo y prácticamente sólo se dirigían a mí por lo preciso, lo más necesario e imprescindible, temerosos, creo yo, de molestarme y que entonces reaccionara violentamente.

Sí, he usado la palabra exacta. Violentamente. Los empleados del Departamento de Administración eran gente normal, de esa mayoría silenciosa aburguesada que puebla la mayoría de las empresas. Burbanks era un padre de familia respetuoso, creyente. Gilmore era un joven que comenzaba y aún vivía con sus padres y tenía novia y pensaba casarse próximamente. Helen era una soltera avinagrada, Forrester era otro solterón, muy locuaz, siempre hablando de espectáculos nocturnos y de baseball, sus distracciones favoritas. Cynthia era una joven resolutiva, desenfadada, que vivía libremente, a su aire, según ella, pero que siempre iba a los dictados de todas las modas. Y por último estaba Johnson, el jefe del departamento, siempre más elegante y más comedido en el lenguaje que los otros, pero siempre también tan pelota con los que estaban por encima de su persona como los que estaban a sus órdenes con él. Eso sí, a la hora de los corrillos, unos se ponían verdes a los otros. Y la vida seguía, monótona, cada uno con su máscara, y aguantando que es gerundio. De pronto, había aparecido yo, el hombre primitivo, el salvaje. Un tipo al que la sociedad había calificado de peligroso y que había sido duramente castigado, y ahora estaba de nuevo en libertad, precisamente entre ellos, y ellos me temían. Mi compañía no les era grata.

La jornada laboral transcurría aburridamente, día a día.

—Jim, no te veo muy animado.

Miré a mi hermana. Era alta y espigada, de veintiocho años de edad, rubia oxigenada, atractiva. Su voz tenía un encanto especial.

Me encogí de hombros.

—¿Qué te pasa?

—Bah.

Me encontraba en su camerino. Ella se daba los últimos toques.

—¿El trabajo?

No respondí. Hacía un calor insoportable, y me aflojé el nudo de la corbata.

—¿El trabajo? —insistió ella.

No podía engañarla. Betty, además de hermana, había sido una segunda madre para mí tras la trágica muerte de nuestros progenitores en un accidente automovilístico cuando yo sólo contaba diez años y ella quince. Desde entonces se había ocupado de que saliéramos hacia adelante. Pero hubo un momento en que yo le fallé...

—Sí, el trabajo.

—¿Por qué?

—No me gusta.

Ella abandonó la barra de labios y me miró fijamente.

—¿Y qué te gusta?

Me volví a encoger de hombros.

—¡Oh, Jim, eres desesperante! ¡No sabes nada!

—Lo siento, Betty.

—Tienes que acostumbrarte. El puesto que te han dado reconozco que no es muy atractivo, pero si te ganas la confianza de...

—Sí, lo sé. Empezaré a subir, ¿no es eso?

—Exacto. Además, te conviene para que el señor Parker no tenga queja de ti.

—Ya. El sabueso ha de estar satisfecho también.

—¡No hables así de él! ¡Es un buen hombre!

—Seguro.

Alguien llamó entonces a la puerta. Betty le invitó a pasar, y apareció el gerente del club.

—¿Estás lista, Betty?

—Un minuto, Frank.

—Hola, Jim.

—¿Qué hay?

Frank Garrett era un tipo apuesto, de treinta años, muy moreno. No era ningún secreto que sentía especial predilección por mi hermana, en lo que al parecer era correspondido por lo que yo había podido apreciar.

—¿Cómo te va el trabajo, Jim?

—Psé.

—Animo, hombre.

Les dejé solos, encaminándome hacia la sala con el propósito de tomar posición para escuchar la actuación de mi hermana. Para ello tuve que pasar por el ancho pasillo de los reservados, iluminado tontamente por unos farolillos de papel rojo.

De pronto, parpadéé asombrado. Si mi vista no me engañaba, era el

mismísimo Fred Carson quien empujaba hacia adentro de un reservado a una chica que muy bien podía ser si hija, pero que por la vestimenta que usaba con toda seguridad era otra cosa muy distinta. Quise pegarme a la pared, pero no conseguí evitar que él me viera.

Fred Carson, al empujar hacia el interior del reservado a la joven, giró el rostro. Nuestras miradas se cruzaron un instante. Ninguno de los dos dijo o hizo algo. El terminó desapareciendo de mi vista.

Salí a la sala y tomé asiento. Pedí un bourbon y, mientras lo saboreaba esperando la actuación de mi hermana, no dejé de pensar en el jefe. ¡Vaya con el señor Carson! Yo sabía que estaba casado, no conocía a su esposa, pero desde luego me jugaba el brazo derecho a que no era esa jovencita con aires de fulana. En fin, allá él. Yo no iba a rasgarme las vestiduras ni a montar un escándalo. Pero todos nos íbamos conociendo un poco mejor.

Al día siguiente, a primera hora, fui requerido al despacho del jefe.

Fred Carson me esperaba con una sonrisa.

—Buenos días, Arness, muchacho... —me palmeó afectuosamente—. Tome asiento.

El hombre rodeó su monumental mesa, pero no se sentó. Le vi nervioso, sin saber cómo empezar. Imaginé de qué iba a tratar la conversación.

—Muchacho, ¿cómo va el trabajo?

Por muchos rodeos que diera.

—Bien.

—Me alegro.

Yo callé, el silencio resultó algo violento y él echó mano del paquete de cigarrillos que tenía sobre la mesa.

—¿Fuma?

—Sí, gracias.

Incluso me ofreció la llamita de su encendedor de oro. El humo estableció una fina pantalla entre nosotros. Eso pareció animarle.

—Esto... Verá... Se trata de... de lo de anoche...

—Oh —fue la único que dije, haciéndome el sorprendido.

—Quiero que comprenda que son cosas... que pasan.

—Ya lo había olvidado.

—Usted ya sabrá que estoy casado...

—No tiene por qué darme explicaciones —le hice un ademán para que no siguiera.

Pero él insistió:

—Mi mujer es una señora mayor, tiene mi edad, ya no es lo que era y además siempre ha tenido remilgos para... para la cosa sexual..., y uno, pues...

—Le entiendo perfectamente —sonreí, lanzando dos chorritos de

humo por la nariz.

—Bueno —hizo varias muecas seguidas—, le he llamado porque no quisiera que usted complicara el matrimonio...

—No soy de éstos.

Por sus ojos adiviné que no me cría. Y lo comprendí. Yo debía darle también la medida del chantajista.

—Lo tendré en cuenta, muchacho —forzó una sonrisa—. Ya verá como hace carrera en mi empresa, si sabe comportarse.

Así eran ellos. Si sabes comportarte. Sé un cordero y los altos ejecutivos, dioses de la sociedad de consumo, te regalarán unas migajas extra. A lo mejor le puedes comprar un regalito de Navidad a tu hijo.

—Por mí no ha de temer nada, señor Carson.

—Confío en usted, Arness.

La conversación terminó al momento, cuando su secretaria entró con la correspondencia del día. Yo me reintegré a mi puesto.

Los días transcurrieron sin ningún aliciente, con una lenta pesadez. Cuando me cruzaba con Fred Carson, él me sonreía y me preguntaba cómo iban las cosas. Como despedida me daba una palmada en la espalda. Incluso en una ocasión me ofreció dinero, si es que estaba en apuros. Rechacé su generosa oferta porque no necesitaba nada.

O sí.

Necesitaba algo, pero no sabía exactamente qué. Sólo sentía que mi vida la mataba día a día, de una forma que no me llenaba. Todo hombre nace para morir, y su interior le pide ir muriendo con satisfacción, es igual que se dedique a predicador o a terrorista. Yo moría de una forma vacía, aunque para otros una vida como aquella pueda parecerles buena.

Con el tiempo sólo la desenfadada Cynthia se hizo más amable conmigo. Un día la invité a tomar una copa y aceptó. A partir de entonces comenzamos a vernos con asiduidad fuera del trabajo, pero todo terminó tan rápido como empezó. Ella solamente tenía curiosidad por saber cómo era un tipo como yo, luego comenzó a evitarme y me dejó a un lado de su camino como si fuera un desecho. En el trabajo volvimos a ser dos empleados que se saludan a la entrada y a la salida de su trabajo. Nada más.

Cuando llegó el invierno, Fred Carson me llamó a su despacho y me felicitó:

—Hasta ahora no he tenido queja de usted, Arness. La señorita Oswald está contenta. Como recompensa, le voy a subir el sueldo.

Seguí siendo el recadero, pero con cincuenta dólares más al mes. Betty propuso que lo celebráramos, pues al mismo tiempo ella había

conseguido, un ventajoso contrato para actuar en la más importante sala de fiestas de Boston durante una semana. Pero no pudo ir a Boston.

Un día gris, feo, durante el cual las iras del cielo se desencadenaron sobre la ciudad, casi inundándola, mi hermana Betty murió asesinada.

CAPITULO II

La noticia la recibí en el lugar de trabajo. El señor Carson me llamó a su despacho. Allí me encontré con un hombre alto y robusto, de mirada penetrante. Dijo llamarse Sam Carpenter y pertenecer a la Brigada de Homicidios.

Eso me hizo recelar. Al principio pensé que venía por mí, que los malditos polizontes querían achacarme algo.

—¿Qué pasa? —pregunté ásperamente.

Y la respuesta me llegó de sopetón:

—Su hermana Betty ha muerto.

Enmudecí, sin saber cómo reaccionar. Debí poner muy mala cara porque el jefe corrió al mueble bar y preparó una copa que de inmediato me ofreció, tras rechazar el policía la invitación con la excusa habitual: estar de servicio. Me bebí el contenido de un trago. Era whisky del bueno, pero si hubiera sido arsénico igual me lo habría tomado.

Miré fijamente a Carpenter.

—Ha muerto —dije al fin—. Pero ¿por qué usted aquí? ¿Acaso...?

—Ha sido asesinada —se me adelantó.

Esto ya no me cogió de sorpresa. Pregunté atropelladamente:

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Quién?

—Acabamos de comenzar las pesquisas, no sabemos mucho —respondió el policía de la Brigada de Homicidios—. Se la encontró en su apartamento la portera. Estaba la puerta entreabierta, cosa que le extrañó, la llamó, entró..., y vio el cuadro. Todo estaba revuelto. A su hermana le dieron... le dieron una feroz paliza.

—¿Betty golpeada, asesinada? —murmuré consternado—. No es posible.

—Lo siento, Arness.

—¿Quiere otra copa, hijo? —ofreció el jefe.

—Sí, gracias.

Me dejé caer sobre una butaca. Sam Carpenter continuó de pie, con las manos embutidas en los bolsillos de su abrigo.

—¿Qué sabe usted, Arness?

—¿Qué voy a saber? —repuse compungido y malhumorado a la vez—. Es la primera noticia que tengo.

—Sí, pero ¿en qué lío andaba metida su hermana?

—No lo sé. Además, no creo que estuviera metida en ningún lío. Betty no era de esas mujeres. Ella se dedicaba plenamente a su trabajo, a la canción.

—¿Entonces?

Me encogí de hombros. Luego tomé la copa y bebí de un trago nuevamente. El alcohol me quemó por dentro, anesthesiándome.

Betty. Betty muerta. No me entraba en la cabeza. ¿Por qué? Era un absurdo.

—¿No le comentó nada últimamente?

—No.

—¿Recuerda su última conversación con ella?

—Sí, sí. Había firmado un contrato para actuar una semana en Boston, en un importante club de allí. Estaba feliz, radiante. Garrett se lo puede confirmar.

—¿Garrett?

—Frank Garrett. Es el gerente del Dorian Club, donde actuaba mi hermana. Vayan a hablar con él. Tal vez sepa algo más que yo. El y Betty se llevaban muy bien, creo que había algo entre ellos.

—Ajá.

—¡Pero no lo entiendo! —elevé la voz, notando que una sorda rabia me invadía—. ¡Es absurdo lo ocurrido! ¿Por qué?

—A lo mejor no hay ningún motivo o explicación especial —terció Fred Carson, tomando mi copa vacía, tal vez temiendo que en un arrebato se la rompiera—. Habló de una paliza, del apartamento revuelto, ¿no, teniente?

En esos momentos me enteré de su grado. El policía asintió con la cabeza.

—Posiblemente fuera un robo. Es muy frecuente hoy día. Gente que se hace pasar por cualquier cargo oficial, del Ayuntamiento por ejemplo, y entran impunemente en los pisos. Golpean a los inquilinos para que les digan dónde tienen escondido el dinero, o las joyas...

—Es una posibilidad que ya tenemos en cuenta. Es la más sencilla y probable. Pero también debemos hablar con los allegados, por si acaso. No me gusta que se me escapen detalles.

—Entiendo.

—Bien, Arness. Eso es todo, por el momento.

—¿Dónde... dónde está?

—En el Depósito.

—Iré allí. Señor Carson...

—Por supuesto, muchacho. Tiene libre. En momentos así... Cuento conmigo para lo que haga falta.

—Gracias.

—Le llevo —se ofreció el teniente Sam Carpenter—. He de pasar por allí.

Fuimos en su coche, sin apenas cruzar palabra por el camino. Me dio la impresión de que él aún no sabía quién era yo exactamente. Reencontrarme con Betty de esa forma, resultó un choque brutal. Tan brutal como la paliza que le habían dado, desfigurándola casi por completo.

—Reventada —fue la escueta opinión del forense.

Se me revolvieron las tripas. Un insano odio me recorrió todo el cuerpo, sintiendo como la sangre me hervía en las venas. De pronto, lo vi todo rojo: la sábana, las paredes, la cámara frigorífica, el médico, el policía... Deseé tener delante de mí a los que habían hecho eso y matarlos. Reventarlos también. Observar el color de sus entrañas.

Tuve un vahído pensando en ello y me apoyé en el muro. Cerré los ojos y me encontré con el rostro burlón de Patricia:

«¿Tú? —me decía—. Eres un cobarde.»

Porque la verdad era, a pesar de lo que otros pensaban de mí, que yo era un hombre incapaz de disparar, de matar.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó el forense, atento.

—Sí, sí...

—Salgamos fuera —recomendó.

Lo hicimos, y en seguida me recuperé. El teniente recogió el informe de la autopsia y se despidió.

—¿Puedo hacer algo?

Mi pregunta sonó de una forma rara y el policía captó su verdadero significado.

—Usted ocúpese de los trámites del entierro, Arness. Averiguar quién o quiénes lo hicieron, es cosa nuestra.

Asentí.

* * *

El entierro de Betty transcurrió en perfecta intimidad, de una forma sencilla. Solamente se echó de menos a una persona: Frank Garrett.

Pero yo ya sabía que no vendría. Poco antes había tenido una sustanciosa charla con el teniente Carpenter.

—Ese hombre no aparece por ningún lado.

—¿Cómo es eso?

—Le hemos buscado en su domicilio, pero allí no estaba. El piso se encontraba tan revuelto como el apartamento de su hermana. Eso sí, había alimentos, ropas, maletas... No daba la impresión de que se hubiera marchado fuera. Luego fuimos al club. Ayer ya falló, según nos informó Robert Evans, el dueño, que se encontraba precisamente supliéndole. No sabía nada de él. Ha desaparecido sin decir ni pío.

—Hummm...

—Empiezo a sospechar que en todo esto hay algo extraño.

—Sí.

Me miró fijamente.

—¿Y usted no sabe nada?
—Ya le dije que no.
—Me he informado sobre usted.
—Oh.
—Unos antecedentes muy interesantes.
—Imaginaba que al final saldría. Bien. Está ahí y no se puede negar. Por otro lado, no soy de los que vuelven la espalda a la realidad. ¿Qué piensa, teniente?
—Por los informes que he podido elaborar, está claro que su hermana era una mujer dedicada plenamente a su trabajo. Nunca se le conoció escándalo alguno. Jamás tuvo tratos con delincuentes.
—Mi hermana era una mujer intachable.
—Eso parece.
—Era así —remaché.
—Incluso se preocupó por usted. Le tenía un gran cariño.
—Sí.
—Y usted pudo haberla metido en algún feo asunto.
—Pero...
—No sería de extrañar —agregó, interrumpiéndome— que usted anduviera por ahí buscando otros aires. Parece ser que en más de una ocasión ha manifestado públicamente que el empleo no le satisface.
—Pero de ahí a...
—No le estoy acusando del asesinato, pero tal vez ella se viera entremezclada en un problema por su culpa.
—¡Teniente! ¡No se lo voy a consentir! —me violenté, indignado.
—Usted no es trigo limpio, Arness.
—Que una vez cometiera un error, no quiere decir que sea un forajido eterno. Ese es un pensamiento muy simple, propio de mentes cuadradas como las suyas, los policías.
—Veremos —aguantó imperturbable mis palabras.
—Le digo una cosa.
—¿Qué?
—Si no resuelve pronto el caso, lo haré yo.
—Mejor será que siga en su empleo, Arness. Cada uno en su trabajo, ¿eh? Y si sabe algo, no se olvide de telefonarme. ¿De acuerdo?
Su mirada no me gustó, amenazaba tormenta. Le dije que sí, y me marché al entierro, acompañado de mis recuerdos. Cuando regresé al apartamento, me encontré con la desagradable sorpresa de dos tipos que lo estaban revolviendo todo.

Al introducir la llave en la cerradura, observé mosqueado que sólo había dado una vuelta. No, imposible. Dos vueltas. Estaba seguro. Mientras lo meditaba, los dos fulanos, que debían haber escuchado el ruido, llegaron hasta la puerta y se abalanzaron sobre mí como energúmenos.

—¡Aquí lo tenemos, Mac! —exclamó uno, alto y delgado, de rostro picado por la viruela.

—¡Ahora nos dirá si tiene el maletín! —rugió el otro, amenazador. Este era más bajo y rechoncho, con un rostro de facciones angulosas.

Yo llevaba mucha rabia dentro para dejarme avasallar. Incrusté mi puño en el estómago del tal Mac y rechacé el ataque del otro propinándole una patada que le lanzó contra la percha del recibidor. Entonces aproveché para colocarle un gancho al que se resentía del vientre, pero el tipo era duro de pelar y se aferró a mí con las pocas fuerzas que le quedaban, tratando de inmovilizarme.

—¡Mac..., dale!

Al menos consiguió lo suficiente para que viniera su compinche, ya recuperado, y me atizara en los riñones. Yo no me estuve quieto. Aguanté el dolor y coceé hacia atrás, escuchando un aullido. Luego me zafé de las garras del otro con un rodillazo, y seguidamente le golpeé salvajemente en el rostro y en el tórax. El tipo salió trastabillando hacia la puerta, contra la que chocó.

Entonces llegaron hasta nosotros los gritos de algunos vecinos, alarmados por el ruido de la pelea.

—¡Os voy a reventar a golpes! —mascullé, pensando que ellos podían ser muy bien los asesinos de mi hermana. Su forma de actuar...

La expresión de mi rostro debió ser tan feroz que los fulanos comprendieron que iba en serio y que posiblemente fuera capaz de ello, al menos había demostrado que no era un muñeco y que iba a ser muy difícil que me domesticaran. Por otro lado, el vecindario sabía de su presencia, podía llamar a la policía y las cosas ponérseles difíciles. Todo eso lo debieron pensar en fracciones de segundo, y de pronto optaron por la retirada saliendo velozmente del piso.

Fui tras ellos, pero tropecé con los vecinos que ya se encontraban en el rellano, algunos derribados por los asaltantes en su loca fuga. Perdí un tiempo precioso y cuando alcancé la calle, ya no había rastro de ellos.

Al regresar arriba se hablaba de llamar a la policía. Yo les quité la idea con buenas palabras, todo había sido un fallido atraco y no tenía ganas de papeleo, preguntas y molestias. Penetré en el interior de mi

apartamento y lo vi todo revuelto, semidestrozado. Ahora sabía algunas cosas: cómo eran los tipos, cómo se llamaba uno de ellos y lo que buscaban. También sabía que las ansias de venganza llenaban mi pecho, a punto de explotar, sobre todo cuando concluía que ellos podían ser los asesinos de Betty.

Si hubiera tenido la pistola. Ahora, sí.

CAPÍTULO III

No es bueno que el hombre esté solo. Eso dice una tópica frase. A veces, tampoco es bueno que esté acompañado.

La culpa la tuvo Patricia.

Hablar de Pat es para mí algo que todavía me hiere, me rasga el interior de mi alma. La conocí en una discoteca, en una noche alegre y divertida. Era la más hermosa del lugar, o al menos así me lo pareció a mí. Tenía dieciocho años, un bello rostro ovalado, algo pecoso, y una mata de cabello dorado, sedoso, que le caía sobre la espalda. Sus chispeantes ojos azules atraían como el fondo de un barranco a un enfermo de vértigo. ¡Cuántas veces deseé sumergirme en ellos, en toda ella para siempre!

Nuestras miradas se cruzaron un par de veces, ella en la pista, bailando bajo las luces de distintos colores, intermitentes, yo en una mesita cercana. Finalmente observé que no parecía estar acompañada por nadie, me levanté y fui a bailar. Sin precipitarme, acabé frente a ella, contorsionándonos los dos al ritmo del momento. Sus pechos bailotearon sueltos, hipnotizadores, bajo la fina tela de su camisa. El sudor perlaba su frente y sus ojos brillaban excitados. Parecía incansable, una muñeca de goma.

—¿Estás sola? —le pregunté entre pieza y pieza.

—Sí. Mi amigo me ha dejado plantada, no sé por qué. Me llamo Patricia. Pat para todos.

—Yo soy Jim.

Continuamos bailando. Ella sonreía viéndome moverme, yo no era ninguna gran cosa danzando. Finalmente acabé extenuado. Ella seguía como si nada.

—¿Aceptas una copa? —le pregunté, jadeando.

—Bueno.

Ella recogió sus cosas de donde las había dejado y se trasladó a mi sitio. Charlamos de cosas intrascendentes, ella trabajaba como dependienta en una *sex-shop*, procedía de Baltimore y vivía en un apartamento de la Calle 42. Su amigo se llamaba Brandon y era representante de una compañía productora de películas pornos. Le había conocido en la *sex-shop* precisamente.

—¡Pero que le den morcilla! ¡Mira que plantarme! —exclamó, más excitada ahora por la bebida—. ¡Tú y yo nos lo vamos a pasar bomba, Jim!

Se acurrucó junto a mí, como una gatita mimosa, y comenzamos los primeros escarceos. Luego me llevó hasta su nido y allí pasamos una noche bárbara, entregados por completo a los

placeres de la carne. Pat era una chica que parecía de vuelta de todo y no me avergüenza reconocer que a su lado aprendí cosas nuevas.

Por aquellas fechas, Betty había firmado un contrato para actuar por distintas ciudades del estado y por tanto me encontraba solo, a mis anchas, sin tener que rendir cuentas a nadie. El trabajo como vendedor de la editorial que publicaba libros para niños, lo descuidé. Pat me tenía por completo absorto, vivía pensando en el próximo encuentro.

Yo sabía que ella continuaba sus relaciones con el tal Brandon, pero no me importaba con tal de tenerla de vez en cuando conmigo. No quería exigirle nada, no deseaba hacer o decir algo que la ofendiera, y entonces me dejara. Patricia lo llenaba todo. Sólo ella. Patricia.

—¡Patricia!

Ese fue el grito que significó el principio del fin.

La voz había partido de un joven que acababa de llegar al piso, inopinadamente. Patricia y yo respingamos en la cama. Los pasos se acercaban peligrosamente.

La miré, asustado.

—Es él —susurró—. Brandon.

No crean que fue el principio del fin porque Brandon iba a armar el escándalo padre. No. En absoluto. Brandon fue el principio del fin precisamente por su amistad.

Efectivamente, todo mi temor se diluyó al momento, nada más apareció él y comentó sin inmutarse:

—Ah, estás con el muchacho...

Bueno, yo tenía dieciocho años, pero Brandon contaba al menos veinticinco. Yo era el muchacho. Lo fui a partir de entonces. El ya sabía de mí por Pat y no le importaba. Incluso en ocasiones nos metimos los tres en la cama. Y todo pareció seguir su curso normal, espléndido, de perfecta armonía. Hasta que un día apareció Brandon con gesto contrariado.

—¿Qué pasa? —le preguntó Pat.

—La compañía ha quebrado. Estoy en la calle.

—¡Oh, Brandon! —exclamó ella, entristecida.

—¿Cómo ha sido? —le pregunté yo.

Nos lo explicó. Parecía muy afectado y ni siquiera las caricias de Patricia le consolaron. Por una semana desapareció de nuestras vidas, y temimos por él. Un hombre sin empleo, deprimido...

Pero no. Brandon regresó. Y lo hizo en compañía de otro joven como él, esmirriado y pelirrojo. Nada más le vi, adiviné el estigma del delito en sus ojos acuosos.

—El es Gregg —lo presentó.

Gregg nos dedicó una sonrisa.

—Necesitamos de vosotros —agregó Brandon.

—¿Para qué? —pregunté.

—Vamos a atracar una sucursal bancaria.

La noticia me dejó helado.

* * *

Patricia estaba dispuesta a todo con tal de ayudar a Brandon. Estaba enamorada de él. Eso es algo que supe más tarde, cuando ya era imposible volverse atrás. Yo no era más que el muchacho, un jovencito divertido, un pasatiempo sobre el cual ella podía erigirse como mandona, algo que nunca conseguía frente a Brandon.

Pero vayamos con el orden cronológico de los hechos. Yo también me ofrecí, idiotizado por Patricia. Brandon no me interesaba mucho. Ultimamente casi me alegraba de que no apareciera. En fin, ella ayudaba a Brandon y yo la ayudaba a ella. Eso era todo. Así de simple.

Gregg resultó ser un rufián, un tipo que conocía perfectamente los bajos fondos de la ciudad. Había dado ya un par de asaltos, fumaba cigarrillos de haschis y siempre tenía una navaja de resorte dispuesta para abrirte el estómago y sacarte las tripas.

Pero el atraco no iba a ser realizado con navajas, claro, sino con pistolas. Las trajo un día en una bolsa de plástico, y todos juntos nos fuimos al campo a practicar, bajo su batuta, pues ni Pat, ni Brandon ni yo teníamos experiencia en armas de fuego.

Mientras nos instruíamos, se planeó el asalto. Patricia conduciría el coche, uno robado esa misma mañana, por supuesto, de lo cual se encargaría Gregg, y nos esperaría en la puerta de la sucursal bancaria. Los tres entraríamos a una y yo permanecería vigilando la entrada, mientras ellos dos, Brandon y Gregg, amedrentaban al personal y a la clientela y se hacían con el dinero.

—Será como chuparse los dedos —auguró Gregg, con su experiencia de dos atracos.

Nos lo creímos. El que más fe tenía era Brandon, pues era el más necesitado de dinero. A Pat y a mí nos movía más bien una razón sentimental.

Y llegó el día O.

Gregg robó el coche, Patricia lo condujo, nosotros llegamos a la sucursal bancaria. Extrajimos nuestras pistolas de los bolsillos de las cazadoras ante la sorpresa general. Gregg llevaba la voz cantante.

Escuché sus secas órdenes mientras vigilaba, tenso, comenzando a sudar, la entrada del local. Podía ver perfectamente el «Bentley» robado, con Patricia al volante, a la espera.

Todo parecía salir a pedir de boca. Ningún cliente se puso tonto, tampoco ninguno de los empleados. El director abrió la caja fuerte y él mismo se encargó de llenar las bolsas que le entregó Brandon.

—¡Que nadie se mueva o lo cosemos a balazos! —amenazó Gregg, ya dispuestos a salir.

No se oyó ni el zumbido de la mosca. Todos, clientes y empleados, acabaron tumbados boca abajo sobre el suelo del local. Gregg me hizo una señal y yo me asomé al exterior. No observé nada anormal.

—¡Vamos! —dije, empapado de sudor, deseando que aquel infierno terminara. La pistola cada vez pesaba más en mi mano.

Primero salí yo, luego ellos. Al pisar la calle escuchamos el seco frenazo de varios coches.

—¡Policía! —chilló Gregg, haciendo fuego.

Lo supe más tarde. Uno de los empleados de la sucursal bancaria, precisamente el más insignificante, un viejo a punto de jubilarse, había pulsado disimuladamente el botón de alarma, conectado al Precinto más cercano. Gregg, tan listo, con tanta experiencia, no tuvo esto en cuenta. Y como premio se ganó la primera bala.

Aquel trozo de calle se convirtió de pronto en un averno. Los coches se pararon, los transeúntes se protegieron como pudieron, algunos gritando histéricamente, los policías comenzaron a disparar contra nosotros, Gregg y Brandon respondieron con ganas, el primero ya herido... Yo me encontré agarrotado, y no se me ocurrió otra cosa que echar a correr hacia el coche y subir a él, milagrosamente ileso. Atrás quedaba Gregg ya tumbado para siempre, alcanzado en la cabeza. Brandon comprendió que el coche era la única salida e intentó llegar a él mientras Pat metía la primera y aguardaba, tensa, observando la carrera de su amado.

—¡Brandon! —chilló cuando le vio caer, con las manos hacia adelante, arañando los cristales casi.

—¡Corre! ¡Corre! —la sacudí, sin importarme que el dinero se quedara con los muertos. Incluso creo que la golpeé en la cabeza con la pistola.

Ella partió locamente, sorteando toda clase de obstáculos, con la policía tras nuestros talones. Por más que repaso esta escena nunca he llegado a entender cómo salimos de aquella ratonera indemnes. Las calles de la ciudad se convirtieron en una especie de montaña rusa, algo infernal, que daba vértigo y angustia. Las sirenas policiales nos perseguían implacablemente, como en una pesadilla. Miré a Pat. Conducía apretando con ferocidad el

volante, los dientes apretados y las lágrimas resbalando por sus mejillas como goterones.

—Brandon... —la oí suspirar en un momento.

—¡Piensa en nosotros! ¡Hemos de escapar!

No sé de dónde sacaba el valor, tal vez fuera fruto de la desesperación que me invadía.

—¡A la izquierda! ¡A la izquierda! —grité en un instante determinado—. ¡Detente! ¡Vamos, fuera!

Todo sucedió en tres segundos. Los suficientes para que la policía aún no hubiera doblado la esquina y nos viera desaparecer por la boca de metro que allí había. Era una hora punta y nos fue fácil mezclarnos entre la gran algarabía reinante. Poco después llegamos prácticamente extenuados, con el corazón como un caballo desbocado, al apartamento de ella.

—¡Cobarde! —estalló Pat de pronto—. ¡Eres un cobarde! ¡No diste la cara como ellos! ¡En seguida echaste a correr! ¡Cobarde!

Inopinadamente, comenzó a pegarme.

—¡Pat! —grité, aguantando estoico sus golpes.

—¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Te odio! ¡Cobarde! ¡Tú debías haber muerto!

Aquello me sacó de mis casillas. La pistola apareció en mi mano como por arte de magia. Ella retrocedió, mirándome fijamente.

—No, no eres capaz de disparar —dijo, cambiando la expresión de su rostro, del miedo del primer momento a la burla—. Esa pistola no te sirve para nada, ni siquiera para proporcionarte un poco de hombría. ¡Cobarde! —espetó de nuevo, y avanzó para pegarme una vez más, rabiosa.

El dedo se me curvó en el gatillo, pero fui incapaz de disparar. El bofetón llegó hasta mi rostro nuevamente. El cuerpo de ella se pegó al cañón de la pistola. Sus ojos me retaron, también sus palabras:

—Vamos, dispara, valiente, ¿a qué esperas?

Su mirada lo explicaba claramente. Todo había acabado. La pistola resbaló finalmente de mi mano. Yo di media vuelta y me dirigí hacia la salida. Antes de cerrar la puerta, aún la pude oír:

—¡Tú debías haber muerto! ¡Cobarde!

Me alejé de allí y estuve vagabundeando por la ciudad como un idiota, sin importarme que la policía pudiera dar conmigo. Acabé metido en un tugurio, bebiendo, emborrachándome hasta olvidar su nombre, su rostro, sus caricias, todo.

Amanecí sobre la cama de mi apartamento sin saber cómo había llegado hasta ella. Pat volvió a entrar en mi cerebro como la luz del día. Pero no la vi más. Tres días más tarde me detenía la policía.

Se había hecho una buena foto-robot mía gracias al buen ojo de algunos empleados y clientes de la sucursal bancaria. Y al distribuirla no tardó en producir sus efectos. Un matrimonio al que había vendido una enciclopedia básica para sus hijos pequeños me reconoció. Los de la Brigada de Robos me visitaron y me enchironaron.

Fue todo un *shock* para mi hermana, que tuvo que suspender su gira por el estado. Enfrentados a través de la rejilla no supe cómo explicárselo. Ella, de todas formas, prometió que me ayudaría. Y así fue. Buscó uno de los mejores abogados, al que pagó de su bolsillo.

Entretanto, los polis intentaron convencerme para que delatara al otro cómplice, el conductor del auto, al que creían un hombre. (No sé si he dicho que Pat vestía como tal, con el pelo recogido bajo una gorra. Como no la habían visto de cerca, se producía esa confusión.) Les dejé con ese error. A pesar de mi disputa final con ella, yo no iba a delatarla. Yo no era un chivato. ¿Pat encerrada? Oh, no. La imaginé asustada en su apartamento, nada más enterarse de mi detención, esperando que fueran a detenerla también a ella. O tal vez hubiera emprendido la huida. No, a la dulce Pat no podían destrozarla en una cárcel.

Sólo me destrozaron a mí. Cinco años en un mundo nuevo, insólito. Durante aquel tiempo infernal el único bálsamo que tuve fueron las visitas de mi hermana Betty. Y por las noches, cuando todo estaba silencioso y la oscuridad lo llenaba todo no dejándome ver el horror que me rodeaba, soñaba con Pat y sus frenéticos bailes en la pista de la discoteca. No es que quiera excusarme, pero yo había sido un atracador por amor. Y la sociedad me castigó con seis años (uno perdonado por buena conducta) para que aprendiera y volviera al buen camino. La verdad es que durante ese tiempo no me enseñaron cómo se anda por el buen camino. Al salir, yo era capaz de darle por el culo a un tío por un dólar.

Los primeros días los pasé recorriendo las sórdidas calles del Bowery, conviviendo con un par de amistades poco honorables que había hecho en prisión y que salieron poco antes que yo. Finalmente rompí con ellos y me encerré en mi apartamento, cuyo alquiler pagaba la buena de Betty, dedicado a leer *comics*. Mi hermana no decía nada, pero su mirada, cuando nos veíamos,

sí hablaba.

Por fin me decidí a hacer lo que verdaderamente deseaba: ver a Pat.

Lo había estado demorando por temor a que me estuvieran vigilando.

Me presenté en la *sex-shop* y allí no se encontraba. Pregunté y me dijeron que se había despedido cinco años atrás. Entonces comencé a sospechar de que había abandonado Nueva York. De todas formas, fui a su apartamento y el casero me informó que se había marchado hacía ya un lustro. Por supuesto, no me pilló de sorpresa, pero sí me dejó muy aplanado.

Ya me iba a marchar, cuando el hombre dijo:

—Oiga. Dejó un paquete y una carta para un tal Jim Arness. ¿Es usted?

Le respondí que sí, excitado. Tal vez allí me informara lo que pensaba hacer, adónde marchaba. Abrí apresuradamente el sobre y encontré una carta.

«No me busques porque río me encontrarás. Me voy bien lejos. De todas formas, gracias por no haberme delatado, hasta el momento. En el paquete encontrarás algo tuyo que no me corresponde. Quiero que lo tengas siempre presente como recuerdo de tu cobardía.»

»Pat.»

No abrí el paquete. Supe lo que era. La pistola.

CAPÍTULO IV

—¿Qué es esto? —chilló indignada mi hermana, sacándome de la abstracción.

Yo seguía sin hacer nada, soñando con Pat y esperando morir un día cualquiera. La vida carecía de alicientes. Una estupidez. Un engaño.

Los amigos del Bowery me habían visitado. Querían que volviera con ellos, había «trabajo», dinero seguro a ganar. Yo lo dejé correr. No me interesaba demasiado y por otro lado no quería darle un disgusto a mi hermana, caso de que de nuevo las cosas salieran mal y me cogieran.

Pero ahora sí la había disgustado. Sin salir de casa, sin hacer nada.

—¿Qué es esto? —volvió a preguntar.

Giré el rostro.

Betty me apuntaba con la pistola.

—¿De dónde has sacado este arma, Jim? —me preguntó con expresión horrorizada en su rostro.

Ella había venido a limpiar un poco mi descuidado apartamento. A qué maldita hora le había dicho: «Ven.»

Reaccioné violentamente, abalanzándome sobre ella y arrebatándole la pistola.

—¿Quién te manda registrar mis cosas?

—No lo hice adrede. Fue una casualidad.

—¡Eres una entrometida!

—¡Jim! ¿De dónde la has sacado? ¿Qué piensas hacer? ¡Jim, contesta!

—Nada.

—¡Quiero una explicación, Jim!

Apreté los labios.

—¡Jim! —me tomó por los brazos, mirándome con cierto patetismo—. ¿No pensarás cometer otra locura?

—No —dije al fin—. Es el arma del atraco. La escondí, y ahora la he recuperado.

—¿Por qué?

Estaba de nuevo cogido. No supe qué contestar. Ella me aferró con mayor fuerza.

—¡Respóndeme! ¿Acaso piensas volver a la mala senda? El otro día recibiste una visita que no me gustó nada...

Continué en silencio. No. Ni Armstrong ni Lowell me iban a convencer. Nada me seducía. Sólo Pat y su recuerdo. ¿Dónde estaría?

—Jim, esto no puede seguir así —me dijo gravemente Betty—.

Jim, ¿me oyes?

—Sí.

—Si tú no buscas un empleo, lo haré yo por ti. Necesitas actividad, recuperar tu confianza en ti mismo..., y olvida eso, por favor.

Miré la pistola con una mueca.

—No te preocupes —dije.

—¿Buscarás un trabajo?

—Ya veré.

—¡No más evasivas, Jim! ¡Si el señor Parker te pesca con la pistola...!

Parker, el larguirucho oficial de libertad vigilada. Eso me preocupó. Sería conveniente esconder la pistola.

—Déjame que te ayude, Jim. Confías en mí, ¿no?

—Claro que sí.

—Yo te buscaré algo y tú me prometes ahora mismo que harás por trabajar.

Se lo prometí a duras penas. Me consideraba en deuda con ella. Fue por lo que pocos días acudí a la entrevista con Fred Carson. Para ese entonces ya había escondido la pistola, pero sin olvidar dónde.

CAPITULO V

Y allí continuaba.

Lejos de la ciudad, en pleno campo, enterrada bajo tierra, envuelta en el mismo paquete que le había hecho Pat.

Me encontraba solo en aquel descampado, habiéndome resultado muy fácil contar los cinco pasos desde el viejo árbol de retorcidas ramas, mirando hacia el este, y escarbar en el pedregoso terreno.

Desenvolví el paquete con verdadera devoción. El metal relució bajo el sol del mediodía. Mis ojos se quedaron hipnotizados unos instantes, contemplando el arma.

Lentamente, alargué mi diestra y la tomé, sopesándola. Estaba en perfectas condiciones porque yo había pasado mucho tiempo engrasándola, poniéndola a punto, durante las horas que permanecía encerrado en mi apartamento, sólo con el recuerdo de Pat.

Incluso Armstrong y Lowell, en la creencia de que iba a unirme con ellos, en su última visita me habían traído un par de cargadores.

Esperaba tener bastante, me dije mientras colocaba uno de ellos. El chasquido al penetrar por completo el cargador me erizó el vello.

De pronto, me sentí otro. Apunté hacia distintos sitios, una rama, un pajarillo, un guijarro..., notando que me excitaba, que la sangre corría más aprisa por mis venas.

Decidí que debía probarla. Quité el seguro y apunté al cielo. Recreándome en la suerte, fui arqueando muy despaciosamente el dedo índice. Por fin, el gatillo cedió totalmente. El disparo restalló como un trueno en el silencio de la campiña. Una bandada de pájaros salió locamente del viejo árbol. Respiré satisfecho. Funcionaba.

Va a ser tremendo, pensé con feroz sonrisa. Ahora tenía un aliciente. Matar.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Tenía pensado visitar a mis amigos del Bowery, compañeros de prisión, pero antes decidí pasarme por el Dorian Club, que estaba en el camino, por si allí tenían alguna noticia de Frank Garrett. No quería ir directamente a la policía para no alarmar al teniente Carpenter, no fuera a sospechar. Por otro lado, me apetecía asomar por el club, tal vez lo que me arrastrara fuera la nostalgia, el recuerdo de Betty.

El club rebosaba de gente. Nadie parecía echar de menos a mi hermana. En seguida le habían encontrado una sustituta: una joven llamada Scarlett Graham que tenía más tipo que voz. Cuando llegué, la clientela, sobre todo la masculina, la aplaudía a rabiar. Ella, una hermosa y curvilínea rubia platino, se había desprendido de la falda durante la actuación, mostrando la perfección de sus largas piernas.

Tomé asiento en la barra. Benny, uno de los *barmen*, se acercó a mí.

—Hola, señor Arness.

—¿Qué hay?

—Siento lo de su hermana —dijo, pasando el paño por el mostrador.

—Gracias.

—¿Lo de siempre?

—Si. Un bourbon.

—Al momento.

Una vez me sirvió, bebí un trago y pregunté:

—¿Ya se sabe algo de Garrett?

Benny hizo una mueca.

—No. Continúa sin aparecer.

—¿Quién se ha hecho cargo del club?

—El mismo dueño.

—¿Dónde está?

—Allí.

Me lo señaló. Robert Evans se encontraba en un extremo de la barra, apoyado indolentemente. Le conocía de haberle saludado en un par de ocasiones, precisamente Frank Garrett era quien nos había presentado. Se trataba de un hombre de mediana edad, carirredondo, de ojos abultados y nariz roma. Su estatura era más bien baja, y vestía siempre elegantes trajes de chaqueta. No sólo era el propietario del Dorian Club, sino de dos más también.

Me acerqué a él con el vaso en la mano, tras abonarle la consumición a Benny. Hice tintinear los hielos. Con eso sólo conseguí llamar la atención de una muchacha que se hallaba encaramada a uno de los taburetes, muy cerca de Robert Evans. La chica era rubia, de grandes ojos verdes, nariz breve y labios rojos como la grana, excelentemente dibujados, con una barbilla algo prominente. Su rostro tenía cierto atractivo, pero mucho más su cuerpo, muy ceñido por el vestido, destacando los pujantes y altivos pechos. Nuestras miradas se cruzaron un instante. Luego, ella bajó la vista y bebió un trago de su whisky.

Robert Evans no se había fijado en mí. Continuaba con sus ojos clavados en la pista, siguiendo la actuación de la nueva cantante contratada. No sabría decir si su embelesamiento era por el arte o el sexy de la chica.

—Buenas noches, señor Evans.

—Eh —pareció salir de su abstracción. Agrandó los ojos y agregó—: ¡Oh, usted, Arness!

Me alargó una mano pequeña y regordeta.

—Sí, el mismo —asentí, estrechándosela—. Veo que ha encontrado rápidamente una sustituta para mi hermana.

Forzó una sonrisa.

—El negocio es el negocio —se justificó al momento—. ¿Qué hace por aquí?

—Tomar una copa...

—Me parece bien, hombre —no me dejó acabar la respuesta—. Es lo que ahora le conviene. Tiene que salir por ahí, olvidar, divertirse...

—Sí, ya lo creo que me voy a divertir.

No me entendió, claro.

—Yo puedo presentarle a alguna chica.

—No es necesario.

—Como quiera. ¡Mire y escuche! ¿Verdad que lo hace estupendamente esa muchacha?

La tal Scarlett Graham se había bajado un tirante del hombro y casi dejaba al descubierto uno de sus orondos pechos. La voz seguía siendo lo de menos.

—No está mal.

—Creo que la contrataré fija.

—Evans... —me decidí.

—¿Sí?

—Necesito hablar con usted.

Me miró con el ceño fruncido.

Fue sólo un instante. Luego lo desarrugó y exclamó:

—Oh, sí, claro. El dinero. Ahora hablaremos de ello. Espere que

termine Scarlett.

Le dejé en la creencia de mi interés económico. Una vez acabó la nueva cantante del club, se encendieron todas las luces y todos nos pudimos ver mucho mejor. La chica rubia de la barra ganó belleza y perdió misterio. Me miraba por encima del borde del vaso. No sé por qué pensé en Pat. Tal vez fuera por su cabello dorado, o por la solidez de sus senos. El deseo volvió a mí con violencia.

—Vamos a mi despacho, Arness —me dijo Robert Evans tras encargarse que le llevaran allí una botella de champaña y dos copas.

Dejé el vaso sobre el mostrador, casi rozando un brazo de ella, y luego fui tras el dueño del local. Nos acomodamos mientras un camarero colocaba sobre la mesa la cubeta con la botella, y los dos vasos.

El camarero salió y todo siguió en su sitio. Robert Evans dijo:

—Bien, Arness. No hay mucho que discutir. La verdad es que no le debo nada. Su hermana cobraba por adelantado, no sé si estaba informado de ello. En todo caso, como no ha terminado el mes, me debe usted a mí. ¡Pero no se preocupe! —añadió al momento, sonriendo y alzando las manos en gesto generoso—. ¡Se lo perdono!

Un padre. Pero a mí eso me dejaba frío. Decidí sacarle del error.

—No se trata de eso, Evans.

—¿Entonces? —endureció un poco el gesto.

—Garrett.

—No le entiendo.

—Deseo hablar con él.

—Bueno, sabrá que ha desaparecido. Por eso estoy aquí, haciendo sus veces, hasta que encuentre otro gerente de confianza. No se sabe nada de él.

—Ya. ¿Usted no tiene idea?

—No, no —dijo entonces unos pasos alrededor de la mesa, pero no tocó el champaña—. Ha sido una total sorpresa su comportamiento. Ni siquiera avisó que dejaba el empleo. Nunca pensé que pudiera hacer una cosa así —me miró mejor, deteniéndose—. ¿Por qué ese interés, Arness? ¿Acaso cree que él...?

—Sólo sé que quiero verle —insistí.

—Pues lo lamento. Mejor será que se dirija a la policía. Ellos son los que llevan el asunto.

—Ellos no parecen saber por dónde van. Garrett es su gerente. Usted debe conocer algo de su vida particular.

—Realmente muy poco. No es un hombre muy extrovertido. Tal vez usted sepa más por Betty. Una vez me contó que procedía de Indiana, de no sé qué pequeña ciudad, que sus padres trabajaban en un teatro y que él siempre había deambulado por el mundo del espectáculo. Me demostró que conocía su oficio y le contraté. Sobre su vida íntima sólo sé lo que todo el mundo, incluido usted. Tenía relaciones con su hermana. No puedo contarle más. Todo lo que sé se lo he dicho a la policía. Ellos estuvieron aquí nada más ocurrir lo de Betty, su hermana. Lo siento, Arness.

—¿No mostró Garrett algún comportamiento extraño últimamente...? Tal vez le hiciera algún comentario...

—No, no —se oyeron unos golpes en la puerta—. ¡Oh, ahí está Scarlett! ¡Perdóneme!

Abrió la puerta y, en efecto, era la nueva cantante.

—Hola, señor Evans —le saludó con una encantadora sonrisa que decía: «Contráteme, contráteme»—. ¿Le ha gustado mi actuación?

—Sí, sí, mucho —se le hizo la boca agua al dueño del local—. Precisamente estaba comentando con este amigo. Pasa, pasa, preciosa.

La chica entró haciéndose cargo con su mirada de mí. Robert Evans también fijó sus ojos en mi persona.

—Bueno, ya está todo hablado, Arness...

Comprendí que era la despedida. La acepté porque no estaba muy convencido de que la visita al club fuera a darme resultados. Pensaba más en los dos fulanos que me habían visitado, semidestrozando el apartamento.

—Hasta otra, Evans.

Ni me hizo caso, sus manos ya se ocupaban de descorchar la botella de champaña. Cuando cerré la puerta, sonó el taponazo y la voz de ella:

—¡Oh, señor Evans!

Me alejé de allí con mis recuerdos nostálgicos, tras echarle una última mirada a la pista vacía del local. Por un momento creí ver a Betty, con su sonrisa, micrófono en mano, moviéndose dulcemente. Salí a la calle con los ojos cerrados y un nudo en el pecho. Tuve que palpar la pistola, en un bolsillo de mi chaqueta, para recobrar ánimos y dureza.

Sabía dónde encontrar a Armstrong y Lowell, en una casucha de Elizabeth Street, pestilente como un cubo de basura. Cuando yo llegué, sólo estaba Lowell.

Era un tipo alto y grandote que había ido a la cárcel por partírle la mandíbula a un policía. En cambio, por atracar un *drug-store*, pinchar a un anciano que se le resistió en un asalto

nocturno y violar a una mujer, nada le sucedió. Esas eran parte de sus aventuras que había contado durante su estancia en prisión, entre risas y chanzas. Tal vez el resto fuera peor. Pero no me interesaba.

—¡Jim! —exclamó—. ¿Cómo tú por aquí? ¡Lo que se va a alegrar Armstrong! ¿Has cambiado de opinión?

Pasé al interior.

—Tenemos preparado algo bueno en verdad —me dijo, dándome una palmada en un hombro—. Has llegado como llovido del cielo. Necesitamos gente.

—Ya.

—Vamos a celebrarlo. Anda, siéntate.

Usé una desvencijada silla. El abrió un armarito y sacó una botella de whisky. Los dos vasos los tomó del mismo fregadero.

—Brindemos por el reencuentro, muchacho.

Bebimos. Lowell chasqueó la lengua y se pasó el dorso de la mano por los labios.

—Hay a ganar un par de miles para cada uno, seguro. ¿Qué te parece?

—Lo siento, Lowell —dije, depositando el vaso sobre la mesa—. No voy a engañarte. No os puedo ayudar.

—¡Bah! ¡Siempre dije que eras un flojo! ¿A qué has venido, entonces?

—Mi hermana ha muerto.

—¡Chico, lo siento!

—La mataron —dije ásperamente, sacando la pistola y poniéndola sobre la mesa—. Quiero encontrar a los tipos.

Lowell se rascó el cogote.

—Entiendo. ¿Quieres que nos encarguemos de alguien?

—Me basto yo solo.

—¿Entonces?

—Primero he de localizarlos. Y ahí podéis intervenir vosotros.

—Bueno.

—Estoy seguro que éstos se mueven en estos ambientes. Tengo sus datos.

—A ver.

Le di la descripción de los dos tipos que me habían visitado, incluso el nombre de uno de ellos. Lowell meneó la cabeza negativamente, añadiendo:

—No me suenan de nada.

—Pero, ¿se puede investigar?

—Sí,

—Eso es lo que quiero. Vosotros tenéis muchos contactos. Podéis hacerme ése favor.

—Supongo que Armstrong estará de acuerdo.

Armstrong era un sujeto de porte elegante, de treinta y cinco años, con unos modales exquisitos que engañaban siempre a sus víctimas. Le pescaron por corrupción a un menor, pero también eso era lo de menos, porque llevaba más de una docena de años haciendo el canalla impunemente.

Llegó un poco después, cuando ya casi habíamos despachado la botella de whisky. Nada más verme, se abalanzó sobre mí para abrazarme y exclamó:

—¡Jim!

Yo fui al grano inmediatamente. En cuanto supo lo que quería, le ordenó a Lowell:

—Anda y ponte en marcha. Tenemos que ayudar a nuestro amigo Jim.

—Sí, Armstrong.

—Tienes toda la noche. No vuelvas sin información.

Lowell, a pesar de su monumental apariencia física, hacía todo lo que el otro decía con una obediencia casi humillante. Asintió y se marchó.

Armstrong escanció los vasos con lo que quedaba en la botella y brindó:

—¡Por tu regreso!

Bebimos, mirándonos. Luego, él se levantó del asiento y se acercó a mí.

* * *

Lowell regresó al amanecer, medio derrotado por el sueño. Yo acababa de ducharme. Armstrong aún dormía.

—¿Qué hay? —le pregunté mientras preparaba la cafetera—. ¿Novedades?

—Algo —respondió, dejándose caer a plomo sobre la única butaca del piso.

—Desembucha —pedí, ansioso.

—Sólo he conseguido averiguar sobre uno de ellos, el llamado Mac.

—¿Qué hay con él?

—Su nombre completo es Mac Twist. Es un matón y hasta hace poco trabajaba para Thompson, un extorsionador. Ese Mac era el que asustaba a los remolones. Pero Thompson cayó en manos de la policía y él se salvó.

—¿Y qué hace? ¿Dónde está?

—Según las últimas noticias que corren por ahí, se ha unido al grupo de un tal Elmer Falk, pero desde hace días no se les ve el pelo por los lugares habituales.

—¿Quién es ese Falk?

—Un fulano con arte —sonrió desganadamente—. Se dedica a la falsificación de dinero.

CAPITULO II

A la panda de Elmer Falk se la podía encontrar en el bar de Tomlin, según la información de Lowell. El fulano en cuestión no tenía domicilio fijo, iba de un lado a otro, con largas estancias en la cárcel.

El bar de Tomlin era un antro, sito cerca del cruce de Prince Street con Mulberry Street. El lugar producía dentera; la gente que por allí pululaba parecía sacada de un fichero policial.

Me dirigí al tipo que hacía las veces de *barman*, el cual masticaba un chicle.

—Busco a Falk.

—No está.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—No sé.

—Es urgente.

—Pregúntale a Carol.

Carol era una de las fulanas que animaban al personal. Pelirroja, llenita y descarada. Me miró con recelo, en cuanto la saqué del error.

—No te quiero para «eso».

—¿Quién es usted? —incluso dejó de tutearme.

—Un amigo.

—Hummm.

Me estudió con mayor detenimiento, no muy convencida de mi respuesta.

Dije:

—Le conozco por Mac Twist, un matón que ahora le acompaña. Los dos trabajamos antes para Thompson. ¿Le conociste?

—He oído hablar de él.

—Pobrecillo —murmuré, meneando la cabeza de un lado a otro con gesto apesadumbrado.

—Le .agarraron los de la bofia, ¿no?

—Sí, nena. Y yo necesito reengancharme. Supe que Mac está con Falk y por eso preguntaba por él. ¿Qué sabes de ellos, Carol?

Primero me pidió un pitillo. Luego, exhalando la primera bocanada de humo, dijo:

—La verdad es que Elmer hace varios días que no aparece por aquí.

—Ya.

—Me tiene un tanto olvidada, el muy bribón.

—Tú eres su amiga, según tengo entendido. ¿No sabes dónde le puedo encontrar?

—No tiene domicilio fijo. Cambia constantemente porque la bofia

le vigila. Ahora estaba muy ocupado.

—¿Con su negocio... «artístico»?

Ella esbozó una sonrisa. Succionó el cigarrillo con avidez y pareció cobrar más confianza.

—Sí. ¿Cómo te llamas?

—Jim.

—Me gustas, Jim.

—Tú también.

Le di un beso y le sobé los pechos. Luego le metí diez dólares en el escote.

Eso le animó aún más.

—Estaba trabajando en unas planchas perfectas, según él. Buscaba un financiador.

—Ajá.

—Posiblemente sea el tipo que estuvo aquí con él la última vez. Se llevaron una charla muy secreta.

—¿A quién te refieres?

—No sé su nombre. No me enteré.

—¿Pero puedes darme una descripción?

Lo hizo. Los datos correspondían a Frank Garrett. Y ahí no terminó mi sorpresa.

—Precisamente una chica ha estado preguntando por ese tipo hace un momento. ¡Mira! ¡Ahí está! ¡Ahora se va!

Miré. Y vi a la muchacha rubia de la noche pasada en la barra del Dorian Club.

CAPITULO III

Me puse en pie y corrí hacia ella para evitar que se escapara. Llegué a tiempo de atraparla por un brazo. La joven respingó, protestando:

—¡Suelt...!

Se calló al reconocermela. A pesar de haber estado en el mismo lugar, debido al abarrotamiento, ninguno de los dos nos habíamos llegado a ver.

—Hola, preciosa —le sonreí.

Ella siguió sin decir nada.

—Nos volvemos a encontrar. Muy curioso, ¿no?

Intentó desasirse para escapar. Pero yo apreté más, arrastrándola.

—¡Suéltame o gritaré!

—No creo que aquí nadie se alarme, muñeca. Mira, algunos hasta se ríen de la situación.

Era cierto. Pero ella se mostró tozuda.

—¡Veremos! —retó.

—Yo de ti no lo haría —cambié el tono de mi voz.

—¿Por qué? —me miró fijamente.

La taladré con los ojos y con las palabras:

—Llevo una pistola encima y te juro que tengo unas ganas locas de usarla.

Su rostro perdió el poco color que le restaba.

—Vamos —se dejó llevar ya mansamente. Pasamos junto a la tal Carol, la cual ni nos hizo caso. Se hallaba muy encariñada con un patilargo.

Finalmente nos colamos en un reservado libre.

—¿Quién es usted? —me preguntó cuando la hube soltado, acariciándose el brazo dolorido.

—Las preguntas las hago yo —saqué la pistola para que viera que las cosas iban en serio.

La chica retrocedió, asustada. A pesar de ello, dijo airadamente:

—¡Esto es un abuso!

—Cierto.

—Un rapto.

—Cierto también.

—Y quiero marcharme.

—Por ahora, no. ¿Quién eres?

—Me llamo Linda.

—Bonito nombre. Linda ¿qué más?

—Linda Forbes.

—¿Y qué hacías en el Dorian Club anoche?

—Tomar una copa y oír un poco de música. ¿Acaso está

prohibido?

—No. ¿Y aquí?

—Tomar otra copa.

—Estás mintiendo —me acerqué a ella peligrosamente.

—¿Ah, sí? —alzó la barbilla, desafiante.

De un guantazo la tumbé de espaldas sobre el diván, con la falda alzada, mostrando el color de sus bragas. Ni se preocupó de taparse. Me miró con temor, perdido el reto de sus ojos verdes, con el labio inferior manando un hilillo de sangre.

—Es usted una puerca fiera —barbotó tras un lapso de tenso silencio.

—No te lo niego. ¿Qué hacías aquí?

—Ya se lo he dicho.

—¿Quieres que te pegue con la pistola? No juegues conmigo, encanto.

Entonces reparé en el bolso, caído en el suelo. Lo tomé, registrándolo. Encontré un carnet. Era una licencia para ejercer la investigación privada a nombre de Linda Forbes. Me eché a reír.

—¡Vaya! ¡La primera mujer detective privado que conozco! Bien, nena, esto pone un poco de luz. Tú andas detrás de alguien, ¿no es eso?

Ella me arrancó el bolso de la mano sin que yo ofreciera resistencia alguna. Sacó un pañuelito y se limpió la sangre, silenciosamente.

—Está bien —dijo luego—. Ya lo sabe. Soy detective privado y estoy realizando una investigación. Pero he de mantener mi secreto profesional.

—Creo que esta pistola lo rompe, ¿o no?

Se lo pensó. Finalmente dijo, queriendo apurar un último cartucho:

—Información por información.

Moví el cañón de la pistola negativamente.

—No, encanto —agregué—. Yo tengo la sartén por el mango. No tengo por qué ir al cincuenta por ciento contigo. Hablas... o te quedas aquí hasta que te saquen en camilla.

Sus ojos chispearon, indignados.

—¿De dónde ha salido usted, mala bestia?

—De un presidio. Date prisa.

Hinchó el busto y el jersey azul que vestía estuvo a punto de estallar.

—Me han contratado para investigar y vigilar a un tal Frank Garrett.

—Bien. Vamos por el buen camino —sonreí satisfecho. Ahora decías la verdad. Yo sabía por Carol que se interesaba por Frank Garrett—. ¿Quién y por qué?

—Mi cliente se llama Amos Ramsay. Es un viejo paralítico. Está

casado con una mujer más joven. Primeramente me encargó que la vigilara a ella. Sólo la pillé entrevistándose con ese Garrett en el Dorian Club, así que decidió que investigara sobre él.

—Ajá. ¿Y en verdad son amantes ellos dos?

—No lo he podido averiguar. Al poco de ponerse en el asunto Frank Garrett desapareció como si la tierra se lo hubiera tragado. He estado vigilando el Dorian Club y este antro por si aparecía, pero nada.

—¿Por qué estos dos sitios?

—Al Dorian Club seguí una vez a la mujer, precisamente en la ocasión que lo pesqué con él. Se entrevistaron en un reservado, pero no estuvieron juntos más de diez minutos, cosa que me extrañó, muy poco tiempo para una relación amorosa... A él le seguí aquí una vez y se vio con un tipo que luego supe se llamaba Elmer Falk, pero del que aún no he podido recopilar datos.

Todo eso me mosqueó. ¿Un lío de Garrett? El parecía querer sinceramente a Betty. ¿Cómo era posible? ¿Tendría algo que ver con el asunto esa mujer, la esposa del tal Amos Ramsay?

La miré a los ojos.

—¿No sabes más de Garrett?

—No mucho más. Al parecer anda metido en un lío con la policía. Esta le busca por el asesinato de una cantante. Betty Arness.

La pistola tembló un instante en mi mano.

—Sí, lo sé.

—Claro. Usted es el hermano de ella.

Me sorprendió.

Una de sus hermosas piernas salió disparada hacia mi mano armada y consiguió su propósito. La pistola saltó por los aires.

La joven se movió con una rapidez y agilidad insospechadas. Como una gata se lanzó desde el diván sobre el arma, dispuesta a hacerse con ella.

Tuve que jugar sucio, le puse la zancadilla.

Todo su bello cuerpo cayó cuan largo era, quedando la pistola a su izquierda. Detrás fui yo para evitar que rectificara su posición. Caí encima de ella y mis brazos sujetaron fuertemente los suyos, por las muñecas. Quedó formando una excitante cruz, sus dos carnosas montañas sacudidas por un ininterrumpido terremoto.

—¿Cómo lo sabías? —pregunté con los dientes apretados, haciendo fuerza porque ella se resistía como una fiera.

—¡Maldito! —rugió.

Finalmente la doblegué, y cedió en su empuje. Le repetí la pregunta.

—Interrogué al *barman* del Dorian Club al verle marcharse con el

dueño del local.

—Entonces, ¿por qué te has mostrado tan terca?

—Quería saber la clase de tipo que es usted.

—Y ya lo has averiguado.

—Sí. Un indeseable.

Solté una risita.

—¿Qué más quiere, puerco?

—Agarrarme a lo que me ofrece.

—No le entiendo.

—Ese matrimonio, Ramsay...

—¿Qué pasa con él?

—Si esa mujer tiene relación con Garrett, tal vez sepa de él. Y yo quiero encontrarlo cuanto antes. Prefiero eso a sentarme en este antro a esperar. Posiblemente no aparezcan nunca él o sus actuales amigos.

—¡Pero va a interferir en mi trabajo! ¡No lo puedo consentir! ¡Mi cliente me despedirá!

—Estoy dispuesto a todo.

—Quiere vengar a su hermana, ¿no es eso?

—Sí.

—Y piensa que Garrett lo hizo.

—No lo sé. El me lo aclarará. Estoy convencido de que algo tiene que ver. ¡Dame la dirección de los Ramsay!

—¿Y si me niego?

—No lo harás.

—¿Por qué?

Me incliné sobre ella, mirándola fieramente, emborrachándome con su perfume.

—Porque sería correr un riesgo inútil. Sabes que soy capaz de arrancártelo a golpes.

—¿Ah, sí? —me desafió de nuevo, no sé si porque era masoquista o porque confiaba en su belleza.

Sus labios quedaron tentadoramente muy cerca. De pronto, sentí el vértigo y me vencí hacia adelante por completo, besándola. Ella me dejó hacer en un principio, para confiarme, luego me mordió con rabia.

Me aparté furioso, con el labio inferior partido. Sentí resbalar la sangre por mi barbilla.

—Estamos en paz —me dijo, sonriendo.

No le repliqué, al menos con palabras. Mi boca cayó de nuevo sobre la suya, pero ahora ferozmente. Mis dientes se hincaron en sus labios, y nuestras sangres se mezclaron como en un viejo rito indio, y nuestras bocas se devoraron implacablemente, sin piedad, a mordiscos y lengüetazos.

Eramos como dos fieras jadeantes, excitadas por el líquido vital que impregnaba nuestros hocicos. Finalmente aquel juego doloroso y placentero a la vez nos resultó incompleto, y buscamos nuevos espacios.

Las ropas quedaron desperdigadas por el suelo. Nuestros cuerpos desnudos rodaron un par de veces, enlazados. Ella se apoderó del mío y empezó a recorrerlo con sus manos, con sus labios, con su lengua, y yo sentí como que me limpiaban, que lo de unas horas antes se perdía en el negro infinito, que todo volvía a ser nuevo y hermoso.

Por fin pude introducirme todo en ella, por detrás, y me agarré a sus magníficos globos de carne, y besé su cabello, su oreja, su cuello, y poco a poco fui retornando a los tiempos gloriosos de Pat.

Cuando ella gritó y yo exploté, alcanzamos el paraíso. Fue sólo unos instantes, como un latido. El resto era condenación, infierno. Y a él volvíamos.

CAPITULO IV

Amos Ramsay era un hombre de sesenta años, de pelo canoso y rostro apegaminado. Arrastraba su decrepita anatomía sobre un sillón de ruedas.

Nos recibió de inmediato, en su domicilio, una vieja mansión de la Quinta Avenida, ante la curiosidad de su esposa.

Ella estaría frizando los cuarenta y cinco años y se mantenía en forma. Era morena, de rostro sensitivo y cuerpo bien proporcionado.

El hombre se sintió un poco violento ante aquella inesperada visita. Al parecer se comunicaba por teléfono con Linda y sólo ésta iba a verle cuando su esposa estaba fuera.

—Por favor, Eva, esto es personal —rogó, después que hube sido presentado como colaborador de la joven. Los dos nos habíamos puesto de acuerdo.

La mujer fue a salir, sin rechistar.

—Espere —intervine—. Un momento, señora.

Ella me miró.

—Quédese —mi voz sonó autoritaria.

—Pero... —fue a protestar el paralítico.

—Es importante, señor Ramsay.

—No comprendo su intromisión, señor Arness. La señorita Forbes me dijo que era colaborador suyo. Creo que ella le debe tener informado, ¿no?

Nos miró de una forma especial.

—Sí. Por eso quiero que su señora se quede.

—No le entiendo. Señorita Forbes...

Antes de que hablara la joven, dije:

—La verdad es que yo no soy colaborador de ella.

Bueno, ya estábamos allí dentro, ante las dos personas que me interesaban, al diablo los fingimientos y al grano. No tenía tiempo que perder. Mi pistola se impacientaba.

El viejo parpadeó, sorprendido.

—¿Qué significa esto?

—Ahora lo sabrá. Siéntese, señora. Tú también, Linda.

Lo hicieron. La esposa del paralítico entrelazó los dedos de las manos, el entrecejo fruncido.

—Señor, me parece que se está usted tomando...

—Me estoy tomando lo que quiero —le corté abruptamente al dueño de la casa—. Estoy muy interesado por el asunto de su esposa.

—¿Asunto... mío? —balbuceó la aludida.

—¡Oiga! ¡Le ruego que...!

—¡Que se calle!

—¡Llamaré a la policía! —me amenazó.

—Tal vez luego. Ahora, no.

—¡Señorita Forbes!

—Ella no hará nada.

—¡Esto es un... un...!

Antes de que encontrara la palabra adecuada, dije:

—No me haga perder más tiempo, señor Ramsay. Y vayamos al asunto en cuestión. Al parecer, señora Ramsay, usted se la pega a su esposo —solté de sopetón.

Una bomba no hubiera causado mayor impacto. La mujer saltó del asiento como si la hubiesen catapultado. El viejo crispó las manos sobre las ruedas de su sillón.

—¡Usted... usted no sabe lo que dice! —bramó ella.

—Por supuesto que lo sé, señora. El nombre del hombre es Frank Garrett.

Ella me miró con los ojos despidiendo chispas de odio.

—¡Está loco!

Esbocé una sonrisa.

—No siga en ese papel de mujer ofendida, señora Ramsay. Su esposo sospechaba y contrató a esta joven, cuya profesión es detective privado. Ella le vio con el hombre que yo digo en el Dorian Club. Precisamente Frank Garrett es el gerente de ese club.

—¡Amos! —se encaró furiosa al anciano. Este no se atrevió a mirarla. Comprendí cómo funcionaba aquel matrimonio—. ¡Oh, tú has hecho eso!

Lo dijo en un tono de sorpresa y reproche. Como si hasta el momento hubiese estado convencida de que su marido, además de paralítico, era tonto.

—Señora Ramsay —dije gravemente—, ¿dónde está él?

—¿Quién?

Me armé de paciencia y respondí:

—Frank Garrett.

—No sé...

—Vamos, no me haga las cosas difíciles.

—No sé nada de él.

—Usted sabrá qué era lo que se llevaba entre manos, por qué ha desaparecido de la circulación, qué tiene que ver con el asesinato de Betty Arness...

La señora Ramsay compuso un gesto de perplejidad.

—¡No sé de qué me habla! Desaparición, asesinato de Betty Arness...

La miré fijamente, todavía aguantándome.

—Señora, ya le he dicho que sabemos lo suyo con él. Es estúpido

que lo niegue.

—No lo niego —admitió al fin—, pero..., ¡pero es que están equivocados!

Fruncí el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—No tengo por qué saber nada de la vida del tal Frank Garrett. El no era mi amante, como están suponiendo. El... él únicamente me estaba chantajeando.

CAPITULO V

Tras la sorpresa que todos nos llevamos, le concedí la palabra a la mujer:

—En realidad, yo... yo tuve/relaciones con un joven llamado Lou. Al cabo de un tiempo él desapareció de mi vista, sin explicaciones, y entonces entró en escena Frank Garrett. Me mostró una serie de fotos comprometedoras. Lou y yo juntos, desnudos, en la cama, en posiciones evidentes... Me pidió, a cambio de no darles publicidad, una pequeña renta mensual. Eso era lo que nos unía. Por eso ella me vio en el Dorian Club. Sólo fui a pagarle, como todos los meses desde hace tres.

Chasqué la lengua, algo desilusionado, y pregunté:

—¿Eso es todo?

Ella asintió:

—No hay más.

—¿Y ese Lou?

—Supongo que estaba desacuerdo con él. Sólo con su colaboración pudo obtener esas fotos.

—Ya.

El tal Lou era una pista. Tenía que cogerme a ella, era lo único que poseía. Tanto Garrett como Mac y su compinche estaban fuera de circulación por el momento.

—¿Sabe dónde podemos encontrarle? —pregunté a continuación, esperanzado.

—No conozco su domicilio. El apartamento donde nos veíamos lo tenía alquilado a nombre de Lou Smith.

—Eso suena a falso.

—Supongo que sí. Fui allí para decirle lo cerdo que era, pero ya había cerrado la cuenta, marchándose sin dejar ningún rastro.

—Hummm... —murmuré, contrariado.

Intervino Linda con una pregunta:

—¿Cómo le conoció?

—En el Dorian Club.

Ella me miró y yo asentí, diciendo:

—Tal vez allí... —desvié mis ojos hacia la señora Ramsay—.

¿Puede facilitarme sus datos?

—Sí. Tiene unos veintiocho años. Es alto y moreno, simpático, elegante, de ojos grises y mentón pronunciado, con un hoyuelo...

—Bien. Gracias.

—¡Aguarde! —chilló entonces el anciano, quien había estado escuchando en silencio, evidentemente consternado por la revelación.

—¿Qué? —pregunté.

Ramsay miró a su esposa.

—Eva, ¿esas fotos siguen en su poder?

—Los negativos, sí.

El paralítico apretó los labios. Me encaró.

—¿Va a seguir buscando a Garrett, señor Arness? —me preguntó con un hilo de voz.

—Sí.

Tomó aire y luego dijo con supremo esfuerzo:

—Cuando lo encuentre, compre esos negativos. Estoy dispuesto a pagar lo que sea por ellos. ¡Dígale que ponga un precio! ¡El que sea!

—Lo siento, señor Ramsay. Ese no es mi trabajo. Lo mío es muy distinto.

—Pero... —miró entonces a la joven—. ¿Y usted, señorita Forbes? Ella se mostró sorprendida.

—¿No está enfadado conmigo? —preguntó—. Yo he tenido la culpa de esto...

—Olvídelo —la interrumpió él, casi con desesperación—. ¿Quiere encargarse de ello?

—Si me sigue pagando...

—Por supuesto.

—De acuerdo, entonces.

Hubo una luz en los ojos del viejo. Comprendí que aquel hombre sólo debía tener a su esposa, y luchaba por ella, a pesar de los pesares.

Linda y yo nos fuimos de allí, dejándoles cara a cara, algo tendrían que decirse a solas.

—Bueno, encanto —dije en la calle—, esto es la despedida.

—No veo por qué —repuso ella.

—Tú tienes otro cometido.

—No. Los dos buscamos a Garrett.

—Pero la finalidad es distinta. Además, es mejor que te separes de mí.

—¿Es tu última palabra?

—Sí —dije, y no sé por qué sentí un pinchazo en la boca del estómago.

—Está bien —aceptó, encogiéndose de hombros—. Adiós.

La vi alejarse hacia su coche. Una vez desapareció de mi vista, me maldije.

El humor me duró muy poco. Un rato después nos volvíamos a encontrar en el Dorian Club. Ella había llegado antes.

—El tipo de marras se llama Lou Porter —me informó—. Uno de los camareros le conoce. Es un gigoló. Viene a menudo por aquí para cazar clientela, mujeres maduras principalmente, ya te lo

puedes imaginar. Tengo también su dirección.

—Un buen trabajo —comenté.

Me miró con una sonrisa.

—¿Quieres que nos separemos para que nos volvamos a encontrar allí?

Salimos del Dorian Club antes de que me tropezara con algún conocido. Nos trasladamos en su coche hasta el número de Bethune Street, en Greenwich Village, donde tenía su domicilio el gigoló.

Llegamos justo en el momento en que dos viejos conocidos, Mac y el fulano de la cara picada por la viruela, sacaban muy sospechosamente a Lou Porter del edificio.

CAPITULO VI

Sin lugar a dudas, llevaban a la fuerza al gigoló. Se notaba por la forma en que caminaban, uno de ellos, el tal Mac precisamente, cogiendo por un brazo a Lou Porter, casi arrastrándolo, el otro, el de la cara picada por la viruela, llevando en las manos un periódico que me produjo mala espina.

Nos vimos a un mismo tiempo. Lou Porter no me reconoció, claro está, pero los otros sí.

—¡Al suelo, nena! —grité, temiendo lo que iba a venir.

No me equivoqué. Ambos sacaron a relucir sus pistolas. El del rostro picado por la viruela la llevaba oculta por el periódico.

Linda ya se había lanzado en pleno cuando sonaron los primeros disparos. Las balas silbaron la muerte muy cerca de nosotros. Yo busqué la protección de un auto, con el arma empuñada, dispuesto a repeler el ataque.

Lou Porter no fue tonto. Aprovechó aquellos instantes de conmoción y retrocedió corriendo. Cuando los otros se dieron cuenta, ya se había colado en su edificio, y no podían ir a por él porque entonces se colocaban en mi punto de mira.

Dispararon un par de veces más, la alarma ya sembrada en la calle, no creo que con ánimo de acertarme, más bien para que no asomara la pistola, puesto que aprovecharon eso para subir a su coche y salir de allí a todo gas.

En cuanto me percaté de ello, hice fuego, pero sin ningún resultado. El auto de los fulanos dobló una esquina y desapareció de mi vista.

Maldije mi puntería. No estaba muy fino para disparar a blancos móviles. Pero me encontraba contento, en cierto modo. Había sido capaz de apretar el gatillo.

Y la próxima vez no escaparían. Los mataría.

Linda Forbes se acercó a mí, con su bello rostro pálido por el susto pasado.

—¿Quiénes eran éstos?

—Ya te lo contaré. Hemos de largarnos de aquí antes de que aparezca la policía.

—Pues vamos.

—Espera. Nos falta Porter.

Corrí hacia el edificio. La gente se apartó asustada al verme con el arma en la mano.

El gigoló se encontraba en el portal, rogándole al conserje que llamara a la policía.

—¡Tú, amiguito, conmigo!

Abrió unos ojos como platos. El conserje se impresionó demasiado

y se vino abajo.

—¡Vamos o te descerrajo un tiro! ¡Elige!

Se comportó dócilmente porque no tenía otra opción. Salimos a la calle, los transeúntes todos alborotados, algún coche detenido, preguntando los conductores por lo sucedido. Linda nos esperaba con el motor en marcha.

Cuando nos alejamos de allí, hacia el distrito de Chelsea, escuchamos sirenas lejanas.

—¿A qué viene esto? ¿Quiénes son ustedes? —no cesó de preguntar Lou Porter por el camino.

—Tú lo que has de hacer es contestar —le dije cuando nos paramos cerca de los muelles, en un lugar tranquilo, apartado de ojos indiscretos—. ¿Lo entiendes, pimpollo?

Coloqué la pistola entre él y yo, los dos sentados en el asiento posterior. Linda había encendido un cigarrillo y fumaba silenciosamente, escuchando cuanto hablábamos y vigilando los alrededores para evitar sorpresas desagradables.

—¿Okay?

Lou Porter comenzó a sudar.

—No entiendo nada de lo que pasa —dijo, tragando saliva con dificultad—. Al principio pensé que ustedes me iban a ayudar.

—Y lo hemos hecho, ¿no?

—No sé...

—Ahora queremos tu colaboración. La pistola sólo es para que no te hagas el remolón y nos obligues a perder tiempo. ¿Vale?

—Pregunte... pregunte lo que quiera.

—Buen chico. ¿Qué querían ésos de ti?

—Hablaron de Garrett y de un maletín. Yo no sabía nada. Entonces dijeron que me llevarían a un sitio donde me ablandarían... y hablaríamos largamente.

—Bueno, pues ya estamos en él —dije, con una sonrisa.

—¡Oiga, no...!

—Si te portas bien.

—¡Pero es que no sé nada!

—Veamos.

—Pruebe, pruebe.

—¿Conoces a la señora Ramsay?

—¿Eh? —parpadeó, sorprendido.

Ensanché mi sonrisa.

—¿Verdad que sabes?

—Sobre eso... sobre eso no me preguntaron los otros.

—Nosotros sí. ¿La conoces?

Vaciló. Yo le pasé el cañón de la pistola por la frente, suavemente, limpiándole el sudor.

—¿Quieres que te deje marcado? —amenacé.

—¡Sí..., sí la conozco! —reconoció.

—Así me gusta, amigo. ¿Fuiste tú quien preparó el chantaje?

—¿Les... les ha contratado ella?

—Eso no te importa —le limpié ahora el sudor que tenía sobre el labio superior—. Responde.

La caricia del metal volvió a convencerle para contestar con rapidez.

—¡Fue cosa de Garrett!

—Oh, vaya, ya salió otra vez él.

—Supongo que ustedes no le conocen —quiso hacerse el simpático—. El es el...

—El gerente del Dorian Club —me adelanté yo—, y al parecer tu socio en el chantaje. ¿O no?

No se sorprendió mucho.

—Bueno, en realidad es él quien lleva el negocio. Cuando yo encuentro alguna cliente que vale la pena, lo hacemos. El se encarga de las fotos y de cobrar.

—Ajá. ¿Dónde están los negativos?

—Los tiene Garrett.

—¿Dónde está él?

—No lo sé. Ha desaparecido.

—Eso ya lo sabemos, es vox populi, hay infinidad de personas interesadas en su paradero. Tal vez tú conozcas su escondite.

—¡De verdad que no! ¡Hace tiempo que no acepta trabajos de los míos! ¡Está ocupado con otro negocio!

—Interesante. ¿Cuál?

—No sé de qué se trata. Pero sí le he visto hablar con Lee Powell. ¿Ha oído hablar de él?

—No.

Linda abrió la ventanilla de su lado y arrojó la colilla al exterior. El aire de dentro se renovó.

—Creo que deberíamos alejarnos de aquí. Allí enfrente se ha asomado un viejales a un balcón y no nos quita ojo de encima —observó ella.

—Muy bien. Da una vuelta por ahí mientras termino mi conversación con él.

Linda arrancó.

—¿Quién es Lee Powell? —le pregunté al gigoló, quien había aprovechado para tomarse un respiro.

—Es... es un tipo singular. Mucha gente le conoce. Se dedica a la compra y venta de antigüedades. Tiene un negocio en Leroy Street. Pero también compra y vende productos de los robos.

—Un perista, ¿eh?

—Algo así. Todos los ladrones de Greenwich Village le conocen y han tenido negocios con él. La policía le ha echado el guante en un par de ocasiones, pero siempre tiene salidas...

—¿Y qué podía ofrecerle Garrett?

—No lo sé.

—Garrett no es ningún ladrón, no ha dado ningún golpe, que sepamos.

—No. Seguro que no.

—¿Entonces?

Se encogió de hombros.

—¿Nada más?

—Sólo puedo agregarle que Garrett solicitó mi compañía la otra noche. No me dijo para qué. Solamente que necesitaba una persona que le acompañará. Quedamos en el Dorian Club, y allí no estaba. Eso fue precisamente la noche que desapareció.

—Y que Betty Arness murió —añadí con los dientes apretados.

—Ah, sí, la chica que le gustaba a Garrett.

—¿Crees que él la mató?

—¡No! ¡El decía que era lo único hermoso de su vida!

—Bien, Porter. Eso es todo —dije, un poco emocionado por sus anteriores palabras.

—¿Me deja libre? —se sorprendió.

—Sí, pero te aconsejo que te escondas.

—Desde luego.

—Linda, frena —ordené.

El gigoló abrió la portezuela. Me miró. Se humedeció los labios con la lengua y preguntó con cierta timidez:

—¿Quiénes son ustedes?

—Déjalo correr, amigo.

Hizo un gesto de contrariedad y descendió. Antes de que se alejara, le tomé por un brazo.

—¿Así que ese tal Lee Powell tiene un negocio de antigüedades en Leroy Street?

—Sí.

—Espero que no nos hayas engañado. Por tu bien.

Se estremeció.

—Lo juro —dijo.

—Vale.

Definitivamente le dejé marchar.

Linda giró el rostro y preguntó:

—¿Vamos a ver a ese granuja?

—Qué remedio. ¿Se te ocurre algo mejor?

Por toda respuesta ella puso el coche en movimiento nuevamente. Nos dirigimos hacia el sur de Greenwich Village, silenciosos y

pensativos.

Linda detuvo el auto frente al negocio, cercano a la línea férrea. Parecía un cuchitril sin importancia. Imaginé que lo sustancial no lo ganaba aquel pillo con las tonterías que exhibía en el escaparate.

Descendimos del coche y caminamos hacia la tienda como un matrimonio bien avenido en busca de la figura ideal que adornara la repisa del comedor.

Al entrar, sonó una campanilla. Atendiendo el mostrador se encontraba un hombre menudo, casi insignificante, bastante calvo, de rostro bonachón. Tendría alrededor de los cuarenta y cinco años y protegía sus ojillos con unos ancestrales anteojos. Su anatomía la cubría con una bata gris, desgastada. Nos sonrió amistosamente por encima del hombro de la denta que estaba atendiendo.

La señora en cuestión, tan antigua como los objetos que nos rodeaban, se disponía en aquellos momentos a pagar por la cosa envuelta en papel que tenía ante sí. El hombrecillo le dio el cambio y las gracias.

La mujer salió, dejando constancia de ello la campanilla de la puerta.

—Buenas —saludó el hombrecillo—. Ustedes dirán.

—Hola. ¿Es usted Lee Powell?

—En efecto —ensanchó la sonrisa—. ¿En qué puedo servirles, señores?

Fui al grano directamente:

—Somos amigos de Frank Garrett.

—¡Oh! —se sorprendió, y miró hacia todos lados nerviosamente, como si temiera que alguien nos pudiera escuchar. Luego me encaró y dijo—: Esperen.

Le vimos moverse con rapidez, saliendo de detrás del mostrador y dirigiéndose hacia la puerta. Corrió el pestillo y le dio la vuelta al cartel. Ahora ponía cerrado para los del exterior y abierto para los de dentro.

—¡Qué sorpresa, señor Smith! —exclamó, y la sorpresa me la llevé yo. Enfocó su mirada en Linda y preguntó—: Supongo que ella es de confianza, ¿no?

—Desde luego —asentí rápidamente.

—No habló nada de una mujer. Como tampoco me dijo que se presentaría aquí de repente. Quedó en que me llamaría para citarnos.

—Bueno —decidí seguirle la corriente, inventando algo que no nos comprometiera—. Ha habido que introducir cambios de última hora.

—Ya —lo aceptó, invitándonos seguidamente con la mano—: Pasen hacia adentro, por favor.

Caminamos por un corredor en penumbra. El hombrecillo comentó:

—Ha sido muy extraño lo ocurrido con el señor Garrett, ¿verdad?

—Sí, sí...

—Garrett, un asesino —meneó la cabeza de un lado a otro, incrédulo.

—Sorprendente, ¿no?

—¡Quién lo diría!

Lee Powell encendió una luz cuando alcanzamos la trastienda. El lugar olía a rancio y en el techo se podían ver algunas telarañas.

—Bien, amigos —se frotó las manos, encarándonos—. ¿Dónde está el dinero?

CAPITULO VII

Linda y yo intercambiamos una fugaz mirada. El hombrecillo repitió la pregunta:

—¿Dónde está el dinero?

—El dinero, ¿eh? —dije por decir algo, forzando una sonrisa.

El dueño de la tienda se removió inquieto, mirándonos especulativamente. Yo aproximé lentamente la diestra al bolsillo de la chaqueta donde guardaba la pistola.

—No les he visto un maletín, pero supongo que lo llevarán encima, ¿es así?

—Efectivamente —asentí.

—No es mala idea. Se disimula más. ¿Quieren hacer el favor de mostrármelo? Necesito saber si es tan bueno como la muestra que me enseñó Garrett cuando concertamos el negocio. Es lo justo, ¿no?

—Sí, sí —dije rápidamente—. Aquí lo llevo.

Me metí las manos en los bolsillos, tranquilizándolo con una amigable sonrisa, y las saqué. Mi diestra empuñaba firmemente la pistola.

El hombrecillo retrocedió asustado, dejando escapar un chillido de rata.

—¡Policial

Me aproximé a él y comencé a registrarle, por si llevaba encima algún arma.

—¡No sé nada! ¡No sé nada! —se puso a gritar.

—¿Ah, no? —pregunté cuando ya me hube cerciorado de que estaba limpio.

—Garrett me debía dinero. Eso es.

—Me parece que miente, Powell.

—¡Se lo juro! ¡No pueden detenerme! ¡No he hecho nada! ¡Todo ha sido un malentendido!

—Desde luego.

—Por tanto, nada tienen contra mí.

—Powell —dije gravemente—. No somos de la policía.

Agrandó los ojillos, asombrado.

—¿Entonces?

—Tenemos un interés especial en encontrar a Garrett..., y de paso queremos saber de qué va este condenado asunto.

—Oh.

Fue bajando lentamente las manos, cosa que le permití.

—¿Está dispuesto a colaborar?

—Garrett es amigo mío.

Le coloqué la pistola en las narices.

—Ahora solamente se ha de preocupar de salvar su pellejo. Supongo que será listo.

El hombrecillo volvió a retroceder hasta tropezar con unas cajas de cartón.

Linda intervino:

—Jim, no seas bruto. Lo tienes aterrorizado. El señor Powell es un hombre muy sensible, ¿verdad que sí? —se aproximó a él y le ofreció su cajetilla de cigarrillos—. ¿Fuma?

—No, gracias.

Ella encendió uno. Le tiró el humo a la cara y dijo:

—Le aconsejo que sea bueno y le haga caso, señor Powell. Mi amigo es muy bruto cuando le llevan la contraria, y usted me cae simpático y me desagradaría horrores que terminara como Lou Forrest. ¿Sabe lo que le pasó?

El hombrecillo negó con la cabeza.

—Tiene cincuenta años y ahora está yendo de nuevo a la escuela, como los niños.

Lee Powell desorbitó los ojos.

—Así es mi amigo —me señaló ella, dando un paso atrás y dejándome de nuevo cara a él.

—¿Qué pasa con Garrett? —le pregunté.

—Estuvo... estuvo a verme hace tiempo —balbuceó—. ¡Pero yo no he hecho nada malo! ¡No sé en qué lío pueda estar metido él!

—Tranquilo, Powell. Sigamos. ¿Qué hablaron?

—Me enseñó un billete de veinte dólares. Era perfecto... Quiero decir que era falso pero que podía pasar estupendamente por uno verdadero. Garrett me dijo que pronto tendría una remesa, si me interesaba comprarla para luego yo colocarla por mis conductos. Tengo contactos en todo el país gracias a este negocio de tapadera. El dinero quedaría bien distribuido. Si se descubría, los federales se volverían locos para descubrir el origen. Le dije que sí.

Se tomó un respiro. Había empezado a sudar tanto como Lou Porter.

—¿Qué más? —le apremié.

—Bueno, estuvimos en contacto hasta hace poco, precisamente cuando me' anunció que estaba todo listo. Quedó en llamarme próximamente para concertar la cita. Pero he aquí que quien me llamó fue otro, un tipo que dijo ser socio de Garrett en el negocio. Según él, Garrett había desaparecido tras cometer un crimen en la persona de su amante. Y, claro está, quería cerrar el negocio.

—¿Quién era ese tipo?

—Me dijo que se llamaba Smith. Yo le dije que esperara un par de días pues tenía que reunir el dinero para pagarle. Dijo que me

volvería a telefonear hoy. Y eso estaba esperando cuando ustedes aparecieron. Estaba tan nervioso que me precipité y les confundí. Lee Powell cerró la boca como un cepo. Yo estaba enormemente defraudado.

—¿Eso es todo?

—No sé más.

Me aproximé a él.

—¿Qué... qué va a hacer? —gimió.

—¡Esto!

Le arreé un culatazo en el cráneo. Lee Powell se vino abajo como un saco de patatas.

—Anda, ayúdame a atarlo y amordazarlo.

Mientras lo hacíamos, Linda preguntó:

—¿Tú entiendes algo de todo esto?

—Mujer... Al parecer Garrett estaba en sociedad con Elmer Falk, el falsificador. Garrett desapareció tras la muerte de mi hermana y Falk ha entrado en contacto con éste... ¡Espera!

—¿Qué?

—Eso es una incongruencia.

—¿Por qué?

—Eso significaría que Falk tiene el dinero, el maletín..., cosa que precisamente buscan Mac y el otro que trabajan para él.

—¿Entonces?

Lee Powell quedó bien empaquetado. Me puse en pie y di unos pasos, pensativo.

—Tiene que haber alguien más.

—¿Como quién?

—No se me ocurre.

—Alguien que robara el dinero, ¿no?

—Sí. El tal señor Smith. Aunque tal vez fuera el mismo Garrett jugándose a Falk para no darle su parte. Yo sigo sospechando que el tal Mac y su compinche del rostro picado por la viruela fueron los asesinos de mi hermana. Eso es. Al desaparecer Garrett y el dinero, Falk se alarmó y ordenó a sus hombres que lo buscaran. Estos decidieron que lo mejor era empezar por las personas allegadas, por ejemplo, mi hermana. Luego yo. Y últimamente han buscado a Lou Porter. Ajá. Eso es. Ese maldito de Garrett, ¡bien la ha organizado!

—¿Entonces crees que él anda por ahí escondido riéndose de todos?

—Posiblemente. No sería de extrañar. Y con la falsa personalidad de Smith ha querido entrar en contacto con este hombre.

—Hum. No sé. Powell, más tarde o más temprano, le hubiera reconocido.

—Es verdad. Tal vez tenga un ayudante.

—Entonces le tendrá que dar parte. ¿Para qué burlar a Elmer Falk?

—Diablo, no me lées.

—Es que esto no está nada claro, Jim. ¿Qué vamos a hacer?

—Esperar que suene el teléfono. Ese tal Smith ha de llamar.

—Pero...

—Lo sé. Igual nos tiramos todo el día aquí. No hay más remedio. No tenemos otra cosa que hacer.

—Yo tengo hambre.

—Ve a un *snack-bar* y compra unas hamburguesas. Yo me quedo aquí.

Estuve curioseando los objetos de la tienda mientras ella iba a por algo de comida. De pronto, sonó el teléfono.

Me abalancé sobre él.

—¿Lee Powell?

—Sí, al aparato —atiplé la voz.

—Verá, soy Sam Allen. Quiero reclamar mi pedido. No sé si recordará que le encargué una reproducción de la Cibeles y...

—Sí, sí —le corté—. No se preocupe, señor Allen. La recibirá hoy mismo.

Colgué rápidamente. Di otras cuantas vueltas por el local hasta que apareció Linda con las hamburguesas y un par de latas de cerveza.

—¿Qué?

Le conté la reclamación de Sam Allen. Riendo, despachamos todo. El tiempo fue transcurriendo lentamente, con un tedio asombroso. Una hora y media después, por fin, sonó de nuevo el teléfono.

—¿Powell?

—Sí.

—Soy Smith.

El corazón me dio un vuelco. No sólo por el nombre sino porque creía conocer la voz. Maldita fuera su sangre. Me las iba a pagar caras.

—Dígame —disfracé lo más que pude la mía.

—Le espero dentro de media hora en Riverside Park, a la altura de la West 96th Street, bajo el nudo de carreteras que forma ahí la Henry Hudson Parkway.

Colgó sin más, y yo me alegré de no tener que volver a hablar.

—¡Vamos! —apremié a Linda.

—¿Dejo aquí las latas?

—¡Al diablo las latas! ¿No querrás también limpiarle las migas a Powell?

Salimos pitando, sin fijarnos en nada ni en nadie. Montamos en el

coche y nos alejamos a todo gas. Quería llegar el primero.

El lugar de la cita no era nada acogedor. La circulación a aquellas horas era endemoniada y la tierra casi temblaba. El ruido de los coches era ensordecedor.

—¿No bajamos del coche?

—No. No quiero que me vea hasta que él haya descendido.

Escóndete tú. Si viera otra persona, tal vez siguiera de largo.

Linda me obedeció. Yo oculté un poco mi rostro llevándome una mano a él y adoptando una postura pensativa. Pronto escuchamos un ruido de motor de coche por encima de los demás que lo llenaban todo. Era un «Bentley» negro, brillante. Venía hacia nosotros. Cuando llegó a nuestra altura no se detuvo, pasó de largo. Yo supe que él había observado. Por el espejo retrovisor le vi dar luego media vuelta y retroceder. Finalmente se detuvo tras nosotros.

Todavía aguardé. El «Bentley» paró su motor. ¡Y por fin Robert Evans descendió de él!

CAPITULO VIII

Di la cara cuando él estaba ya casi a mi altura. Al verme, profirió un grito e intentó meter la diestra en uno de los bolsillos de su chaqueta.

No se lo permití.

Me arrojé sobre él, los dos chocamos contra el morro del «Bentley» con ruido sordo y luego nos vinimos abajo, enlazados como dos amantes. Dimos unas cuantas vueltas por el suelo. El tuvo la habilidad de mover las piernas ágilmente y consiguió desembarazarse de mí.

Echó mano entonces de su bolsillo, empeñado con la idea de resolver el asunto por la tremenda, pero antes le apunté yo. No estaba descuidado.

—Ande, inténtelo —le dije.

Se estuvo quieto, sentado como estaba sobre sus cuartos traseros. Me acerqué a él y le registré. Llevaba encima un revólver chato del calibre treinta y ocho.

Linda ya había descendido del coche, haciéndose cargo del maletín. Lo abrió y ante nuestros ojos quedaron al descubierto infinidad de fajos de billetes de veinte dólares.

—¡Ajá! ¡Ahí está el dinero falso!

—Pues parece verdadero —comentó ella, hipnotizada por aquellos impecables y nuevos billetes.

—¡Póngase en pie, maldito gusano! —le ordené.

Lo hizo, mirándome con temor. Nerviosamente se sacudió las ropas.

—Bien, Evans —dije sin dejar de apuntarle—. Esto se acabó. Espero las explicaciones.

—No... no irá a matarme —balbuceó.

—Depende.

Retrocedió hasta tropezar con su auto. Se apoyó en él con una mano y la otra la alargó hacia mí.

—Piedad, Arness. ¡Yo no he hecho nada..., al menos a usted! ¡Palabra!

—Me río de su palabra.

—¡Se lo juro!

—Y de sus juramentos.

—Por favor...

—No tiemble, hombre.

Una luz pareció brillar en sus ojos.

—Arness, no sea loco. Este es un gran negocio Podemos repartir. La chica también entrará con su parte, ¿qué le parece? Tengo comprador y...

—Su comprador está fuera de combate y ya no vendrá.

—¡Oh, usted...!

Sonreí.

—Yo fui quien habló por teléfono, señor Smith.

Apretó los labios y agachó la cabeza, como síntoma de vencimiento.

—Ahora quiero que me explique cómo consiguió ese dinero y dónde está el maldito Garrett.

—Garrett... —musitó.

—¡Sí, él! ¡No me impaciente! Realmente ese dinero lo debía poseer Garrett. Al parecer estaba asociado a un tal Elmer Falk, el falsificador, el artista, o como lo quiera llamar... ¿Cómo llegó a sus manos?

—Yo...

—¿Qué? —me aproximé a él y con la mano libre le tomé por la pechera—. ¡Hable!

—Yo... yo...

Con el punto de mira de la pistola le rasgué una mejilla sin piedad.

Tal era su miedo que no sintió dolor. Sólo chilló para decir:

—¡Yo le maté!

Le solté, mascullando:

—Así que es eso, ¿eh?

Asintió limpiándose la sangre con el dorso de la mano.

—¿Cómo fue?

Se miró la sangre y luego me miró a mí.

—¿Cómo fue? —insistí, yendo de nuevo hacia él.

—Me dijo... me dijo que iba a dejar el empleo. Le vi muy optimista y alegre. Entonces se me ocurrió vigilarlo. En el club hay varios teléfonos que dan la misma línea. Un día conseguí interceptar una de sus llamadas a Powell y así supe lo que se llevaba entre manos.

—Y decidió hacerse con el dinero.

—Sí. Era una buena oportunidad; mis negocios no son muy boyantes que digamos últimamente. Conocía ya al comprador, sabía quién era, así que sólo era cuestión de quitar de en medio a Garrett y hacerse con el dinero. Y eso fue lo que hice. El se resistió, yo quería enterarme antes quiénes eran sus colaboradores, pues imaginaba que él solo no podía llevar eso, pero no tuve más remedio que pegarle dos tiros. Fue en defensa propia. El murió instantáneamente.

—Deliciosa historia. ¿Qué hizo?

—Decidí enterrarlo en descampado. Pensé que era lo mejor. Así sus socios o colaboradores pensarían que se había largado con el

dinero, engañándoles, y yo quedaría libre de cualquier sospecha.

—Muy listo. Siga.

—Posteriormente, entré en contacto con Powell. Le di un par de días para que reuniera el dinero, justificando la desaparición de Garrett con el asesinato de su hermana.

Se hizo un breve silencio. Los dos nos miramos fijamente. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su redonda cara.

—Pero usted nada sabe de un matón llamado Mac Twist —dije de pronto.

—No.

—Ni de otro tipo con el rostro picado por la viruela.

—No.

—Ni siquiera del falsificador Elmer Falk.

—¡No! ¡Ya le he dicho que Garrett no llegó a decirme quiénes eran sus socios o colaboradores!

—¿Y qué sabe de la muerte de mi hermana?

—¡Nada, Arness! ¡Se lo juro!

Nuevamente me acerqué a él, ahora haciendo rechinar los dientes. El debió leer el peligro en mis ojos porque insistió desesperadamente:

—¡Se lo juro! ¡Créame!

—Le creo, maldito gusano, le creo —arrastré las palabras. Eso le alivió, pero yo agregué—: Usted tiene la culpa de su muerte.

—¡No! ¿Qué dice?

—Ahora estoy completamente convencido de que la mataron para saber de Garrett. Sus socios o colaboradores andan como locos buscando ese maletín. ¿No lo entiende? —le miré con todo el odio del mundo—. Si usted no hubiera hecho desaparecer a Garrett...

—¡Arness, no me mate! —curvó la espalda sobre el capó del auto, puesto que ya no podía retroceder—. ¡Se lo suplico, Arness, por lo que más quiera!

Le sonreí fieramente.

—Lo que más quiero es ver muertos a los culpables de la muerte de mi hermana.

—¡No! ¡Yo no la maté! ¡No le hice nada!

—Le voy a dar una oportunidad, Evans, para que no le diga al diablo que yo soy mal chico.

Me alejé de él y le arrojé el revólver a los pies.

—¡Ahí lo tiene! ¡Cójalo!

Lo miró con aprensión.

—No... no...

—¡Vamos, o aprieto el gatillo ya!

—Arness, no... no me puede obligar... Sería... sería un asesinato...

—¿Dónde está su valor, maldito gusano? ¿Acaso no fue capaz de matar y enterrar a un hombre?

El dueño del Dorian Club se inclinó sin dejar de mirarme. Su temblorosa diestra descendió lentamente. Varias gotas de sudor humedecieron el polvo del suelo. Los coches, allá arriba, siguieron trepidando.

—Tóquelo. No tenga miedo.

Pensaba en Betty, en el atraco fallido y en las palabras de Pat. La prueba del valor no era para aquel miserable sino para mí. Por un instante sentí un agarrotamiento, luego un estremecimiento.

Robert Evans hizo el movimiento definitivo. Atrapó el arma y la levantó.

«¡Cobarde!», chilló Pat dentro de mi cerebro.

Apreté el gatillo varias veces, casi sin mirar. Escuché los gritos de Robert Evans con un especial gozo, y cuando me fijé bien en él, sólo era un hombre tendido en el suelo, ensangrentado, roto, muerto.

Le estuve mirando hipnóticamente durante un largo rato, preguntándome algunas cosas. No me sentía ni bien ni mal. aquello había sido únicamente un entrenamiento, mi prueba de fuego. Lo mejor vendría después.

La sombra de Linda se proyectó sobre el cadáver y eso me sacó de la abstracción. Giré el rostro, mientras me guardaba la pistola en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Y ahora qué? —preguntó, algo impresionada. Su rostro había perdido color.

—Ahora tenemos el maletín con el dinero falso, lo que tanto buscan los otros.

—Pero ¿cómo vamos a dar con ellos?

—Ellos nos buscarán, y nosotros les haremos las cosas fáciles.

—No será necesario, Arness —dijo entonces una voz conocida a nuestras espaldas—. Ya estamos todos aquí.

Ahora sí que me llevé una gran sorpresa. Di media vuelta y, en efecto, estaban todos allí. Mac Twist, el tipo del rostro picado por la viruela, ambos con sendas pistolas empuñadas, un hombre de mediana edad, alto y fibroso, del que deduje sería Elmer Falk, y el que había hablado, el director de orquesta, un viejo conocido... ¡Fred Carson!

CAPITULO IX

Sentí vértigo, angustia, odio, rabia... Sobre todo sentí que ya muy poco iba a poder hacer.

—¡Saque su pistola con dos dedos del bolsillo y arrójela aquí!

Mis dientes rechinaron.

—¿Y si no lo hiciera?

—Lo freirían.

—Supongo que lo harán igual.

—No sea idiota, Arness.

—La pistola la tengo en el bolsillo derecho. Vengan a por ella.

—¿Se cree que tiene alguna oportunidad?

—Ya lo verá —fanfarroneé.

Fred Carson rió con suficiencia.

—Así que usted, maldita hiena, es el que dirige todo el tinglado.

—Digamos que lo he heredado.

—Ya.

—Conocía a Frank Garrett de tiempo atrás —me explicó amablemente, seguro de tener todos los ases en la mano—. El me proporcionaba chicas y reservado en su club, con discreción. Teníamos buena amistad. ¿Cómo cree que consiguió su empleo, muchacho? El me lo pidió a instancias de su hermana.

Hizo una pausa para aumentar sus risas. Estas me revolvían el estómago. Los deseos de matar aumentaban por momentos dentro de mí.

—Garrett conocía a Elmer Falk, aquí presente —prosiguió, señalando al tipo fuerte y fibroso—. Ambos estaban a la búsqueda de alguien que financiara el proyecto que tenían entre manos. Garrett me habló de ello y me gustó. Yo corrí con todos los gastos. Falk, Twist y Peck trabajaron arduamente. Teníamos la promesa de Garrett de que colocaría en seguida el dinero falso, manifestaba tener un buen contacto. Y todo fue bien hasta que de pronto desapareció sin dejar rastro, con el maletín.

—Entonces le encargó a esos puercos que fueran a visitar a mi hermana —dije, rabioso.

—En realidad, ellos vinieron a mí. Estaban preocupados por la desaparición de Garrett. Yo les sugerí que visitaran a la chica. Desgraciadamente, ella se mostró obstinada y a ellos se les fue la mano.

—¡Cerdos! ¡Hijos de puta!

—Luego sugerí que fueran a verle a usted, por si lo tenía o estaba en el ajo. De un ex presidiario se puede esperar cualquier cosa, ¿no?

—Es usted peor que yo, Carson.

—Señor Carson —me rectificó con una sonrisa.

—Pronto será fiambre, Carson —anuncié rotundamente.

—Es usted un estúpido gallito, Arness. En cuanto chasque los dedos, le convertirán en un colador.

—Vetemos —reté—. Pero antes me gustaría saber cómo han llegado aquí tan oportunamente.

—Estábamos desde un principio, desde que ustedes llegaron.

—No es posible.

—Es usted un ingenuo, Arness. Les seguimos sin que se dieran cuenta.

—¿Cuándo?

—Se lo explicaré. Después de que los muchachos de Falk fallaran con Lou Porter y saber que usted estaba por medio, decidimos insistir sobre el paradero del *gígolo*. El muy idiota, para esconderse, no se le ocurrió otra cosa que recurrir a una chica de alterne del Dorian Club, precisamente una con la que yo tengo bastante relación y que fue la que me proporcionó la idea de que Porter pudiera estar relacionado con el asunto, pues últimamente le había visto llevarse bien con Garrett. Fuimos a por él y le ablandamos en seguida. Nos dio la pista del misterioso contacto de Garrett, el tal Lee Powell. Llegamos a su tienda de antigüedades cuando ustedes salían, así que decidimos seguirles.

—Muy listos.

—Nos quedamos en aquel recodo, esperando. Desde allí contemplamos lo sucedido. Luego sólo tuvimos que cubrir los metros que nos separaban en una rápida carrera, mientras ustedes se dedicaban a la contemplación del muerto. Este sitio es ideal para que no se oiga nada, ni siquiera un disparo. Por eso no nos escucharon llegar.

—Ahora está todo claro.

—Aún me falta saber el paradero de Garrett. Supongo que está muerto. El lo mató, ¿no?

—Sí. Se lo puedo confirmar. Garrett está muerto y enterrado, pero no sé dónde. Se llevó el secreto a la tumba.

—No importa. El dinero está aquí. Nosotros nos lo llevaremos y cerraremos el trato con Powell. Tengo unas ganas locas de acabar este embrollado asunto cuanto antes. Nunca pensé que pudiera traerme tantos problemas.

—Eso le pasa por meterse en sucios negocios.

—Bien, Arness. Se terminó el tiempo de cháchara. Lamentablemente voy a tenerle que dar de baja en mi empresa.

—Y yo ¿qué? —habló entonces por primera vez Linda, llamando su atención.

Fred Carson la miró, haciendo una mueca.

—Una pena que usted también haya de llevarse lo suyo.

No sé qué tiene que ver con todo esto, pero no vamos a perder ya más tiempo averiguándolo. Los entrometidos sólo nos interesan muertos.

—Estoy dispuesta a pasarme de bando —se ofreció descaradamente—. ¿No les intereso? Una mujer siempre puede alegrar las horas de tedio.

Ella compuso una figura seductora. Los otros no eran de piedra y no pudieron evitar echarle un vistazo. De pronto, ella les arrojó su bolso.

—¡Jim, ahora! —gritó.

Era mi oportunidad. Lo sabía.

La vi a ella tirarse tras el coche de Robert Evans, mientras sacaba mi pistola, deseoso de cumplir mi venganza. Fred Carson chilló algo y sonaron los primeros disparos. Una bala me alcanzó en el brazo izquierdo, las otras logré esquivarlas, al cambiar oportunamente de posición. Mi pistola para ese entonces ya escupía fuego y plomo.

Mac Twist fue el primero en bailar un ritmo parecido al de su apellido, alcanzado mortalmente. Su compinche de la cara picada por la viruela, al que Carson había llamado Peck, en seguida hizo de pareja suya. No pude ocuparme todo lo que quería de ellos porque debía atender a los otros. Mientras se derrumbaban, observé cómo el alto y fibroso Falk cogía ya del suelo el revólver del difunto Evans.

Disparé nuevamente, con rabia. Y dejé al mundo sin un artista menos. Elmer Falk cayó hacia atrás, con la cabeza limpiamente atravesada.

Busqué con mirada febril a Fred Carson, deseando descargar en él todas las iras que aún me restaban. Ya se había hecho con un arma, y disparó. La bala me dio en un costado, al tiempo que apretaba el gatillo. Fred Carson quedó desarmado, con su mano derecha herida, goteando sangre.

Le vi a través de una niebla roja, sintiendo que me moría. Le vi de rodillas, suplicante. La pistola pesaba un horror. Las fuerzas me flaqueaban. El dolor era insufrible. Sólo un loco deseo me tenía semiinconsciente. Tuve que coger mi pistola con las dos manos para sujetarla con algo de firmeza, pero a pesar de ello el cañón se me iba de un lado a otro, era incapaz de apuntar. Avancé entre los muertos, tambaleante, para asegurar el disparo.

—¡ARNESS...! —gritó cuando le coloqué el negro agujero del cañón de mi pistola delante de los ojos.

Apreté el gatillo con el último esfuerzo y cuando estalló su cabeza como un tomate reventado, también lo hizo la mía. Pero antes de que la nada me invadiera, tuve el fugaz placer de saberme vencedor.

Como un orgasmo.

EPILOGO

—Hola.

La voz sonó muy lejana, como si viniera de otro planeta. Mis párpados se entreabrieron lentamente, con pesadez. Finalmente la habitación, la cama, ella, todo cuanto me rodeaba adquirió su auténtica forma.

—Vaya, estoy vivo —fue lo primero que se me ocurrió exclamar, con voz débil.

—Un milagro —comentó Linda, sentada en el borde de la cama—. Cuando llegaste, nadie daba nada por ti.

—Mala hierba nunca muere —reí—. ¿Cómo te va?

—Bien.

—¿Encontraste los negativos?

—Aparecieron en la caja fuerte de Frank Garrett. La policía los devolvió.

—La policía... —susurré—. ¿Sabes lo que van a hacer conmigo?

—¿Te importa? Creí que tú eras de esos tipos a los que ya no importa su futuro, ni siquiera el presente. Me diste la impresión de vivir como un zombie.

—Pudiera ser —reconocí—. Pero ahora me importa porque me gustaría volverte a ver.

—Oh —exclamó ella con un matiz ligeramente burlón—. Estar en coma te ha vuelto romántico.

—No lo sé. Pero tengo la impresión de haber salido de una pesadilla. Noto que tengo ganas de vivir. ¿Quieres ayudarme, Linda?

—Primero has de decirme quién es Pat.

—¿Eh?

—La nombraste en tus delirios —sonrió al verme un tanto embarazado—. ¿Alguna novia? No quisiera ser una incordiadora...

—No. Pat es... Pat es el pasado, algo que tú borrarás. Dime, Linda, hagan lo que hagan conmigo, ¿estarás a mi lado?

—Sí —me estrechó cálidamente la mano.

Entonces supe que no estaba solo y que alguien me quería. Me encontré mucho mejor.

F I N

Las mejores novelas de

MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

**CENTAURO y
OESTE
LEGENDARIO**



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**